
VIAJE DE MEDELLÍN A BOGOTÁ

DICIEMBRE 8 DE 1862 A ENERO 6 DE 1863

EDUARDO VILLA VÉLEZ

PRESENTACIÓN

Hace tres años, durante una visita a Bogotá, tuve la suerte de conocer un texto inédito de Eduardo Villa Vélez. Su nieta, Margarita Villa de Gómez Jaramillo, anfitriona incomparable y guardadora de mil curiosidades, me sorprendió un día con una pequeña libreta escrita en letra menuda. Era el diario del viaje de Medellín a Bogotá, realizado por su abuelo entre el 8 de diciembre de 1862 y el 6 de enero de 1863.

Después de leerlo, vi que era un valioso testimonio del siglo XIX, que merecía divulgarse. Este siglo es muy rico en crónicas de viajes: desde el Barón von Humboldt, fueron muchos los viajeros que recorrieron el continente americano, ya con un interés científico, comercial o de aventura, y quienes dejaron en sus relatos la imagen desconocida del Nuevo Mundo.

Entre los que visitaron el territorio colombiano vale recordar a Boussingault, Augusto Lemoyne, Augusto Gosselman, G. T. Mollien, John Hamilton, Isaac Holton, Charles Saffray y Eduard André, entre otros. El ejemplo de ellos fue seguido por muchos nacionales, como Felipe Pérez, Manuel Ancízar, Manuel Uribe Angel, Salvador Camacho Roldán, José Manuel Restrepo y José María Cordovez Moure. En sus escritos hay diversas tendencias, que van desde la expedición científica hasta la crónica amena de un paseo ocasional, que a veces se acerca al costumbrismo o se confunde con este género.

En dicho grupo se puede incluir el trabajo de Eduardo Villa. Cuando hizo el viaje tenía sólo 23 años, y en sus textos se aprecia una persona de amplia cultura y gran sensibilidad. Habla de historia, arte, literatura, tiene criterio en sus opiniones, es analítico, perspicaz y gran admirador del paisaje. Su estilo combina la descripción objetiva con cierta inspiración poética, moderada por un realismo en el cual no falta la anécdota oportuna o la dosis de humor. Toda su educación, su herencia intelectual, el medio en que transcurrió su adolescencia, sus lecturas y sus estudios, hicieron de él un inteligente observador.

Villa salió de Medellín el lunes 8 de diciembre de 1862; subió hasta Santa Elena y siguió a Rionegro para tomar el camino que conducía a Nare en las orillas del Magdalena. Esta ruta era desde 1790 la más importante vía de comunicación de Antioquia. Se puede decir que casi todos los viajeros y las mercancías de la región entraban y salían por ella.

En Nare se embarcó hacia Honda, de donde continuó hasta Bogotá. Llegó a su destino el 6 de enero de 1863, treinta días en un viaje lleno de peripecias.

Durante su viaje, diariamente anotaba con lujo de detalles todo lo que veía y lo que sucedía. Tal actividad le servía "para disipar el aburrimiento engendrado por la falta de trabajo" como él mismo lo dice; sus apuntes reseñan sus estados de ánimo, los inconvenientes del camino y la grandiosidad de la

naturaleza, así como las costumbres y los usos de los habitantes de las distintas regiones. Cita muchos personajes, pero es difícil identificarlos a todos porque sólo menciona la inicial del nombre seguida de su apellido o se refiere a ellos como "el Sr. Silva" o "el Sr. Alviar", etc. Es interesante lo relativo a los medios de transporte empleados, que no eran muchos, y dan la medida del grado de atraso en que se encontraba el país: a pié, el carguero, a lomo de mula o de caballo, el champán, el vapor y el coche o carruaje, el más escaso de todos. También son importantes las referencias a la guerra civil que asolaba al país por aquella época. Hay que recordar que el general Tomás Cipriano de Mosquera se había levantado en 1860 contra el gobierno de la Confederación Granadina, presidido por Mariano Ospina Rodríguez, y dueño del poder estaba en Medellín preparando la Convención de Rionegro.

El 22 de diciembre de 1862, Villa tuvo que suspender su escritura por la dolencia que adquirió en Nare, y que lo acompañó el resto del camino. Continuó su tarea en Bogotá en marzo de 1863, "como si estuviera en Nare, como si ninguna interrupción hubiera sufrido mi viaje por causa de mi enfermedad".

Este relato es una novedad. A pesar de su interés, no se sabe por qué su autor nunca lo publicó en vida, cuando fue un asiduo colaborador de las revistas y diarios de su época. Gracias a la editorial L. Vieco e Hijas, es posible conocer otra visión del país en el siglo XIX, con un libro que enriquece la bibliografía de viajes por Colombia.

Gustavo Vives Mejía

LUNES 8 DE DICIEMBRE DE 1862

A las 12 del día salí de Medellín. La compañía de algunos amigos, que quisieron venir a encaminarme, no me duró sino una hora, y desde Bocaná, mi compañero de viaje y yo seguimos solos subiendo lentamente la cuesta y entregados a pensamientos melancólicos. Siempre es triste despedirse de los lugares donde se ha pasado algún tiempo y donde se dejan relaciones o afectos; pero mayor es la pena cuando es la patria, la ciudad natal lo que va a abandonarse y cuando esas relaciones o afectos que nos entristecen son los más íntimos y sagrados de todos, los de la familia.

Una llovizna fuerte nos molestó al principio; pero después de algún tiempo de marcha el día iba gradualmente componiéndose, el cielo se despejaba y vimos bien pronto la cascada de Santa Elena (1), que antes nos ocultaba la niebla, brillante con los rayos del sol, precipitándose por entre rastros sobre los

peñones de la quebrada. Fijos mis ojos en ese punto de vista, que los revueltos del camino me hacían perder sólo por un momento para volver luego a encontrarlo, y arrullado por el ruido monótono de las aguas, subí la cuesta paso a paso, sin despegar los labios ni una sola vez; pero llena la cabeza de pensamientos tan variados, lleno el corazón de emociones tan opuestas que yo mismo no las comprendía ni me era dado explicarme lo que en mí pasaba.

Después de la lluvia continuamos con menos incomodidad ya la ascensión y llegamos a las tres a Santa Elena.

Desde aquí arrojo mis tristes miradas al valle bellissimo que se extiende a mis pies; pero se pierden por desgracia en la niebla espesa que cubre la llanura y que llega hasta nosotros como si una mano poderosa la hubiera colocado de intento, para llenar el vacío, nivelando los apartados cerros. Parece un velo denso tendido sobre Medellín, como si una casualidad benéfica quisiera ahorrar de este modo a los corazones que se ausentan la tristeza de un adiós; porque la despedida es menos dolorosa cuando no se tiene a la vista el objeto querido que se va a dejar. Pero los ojos del alma sí pueden romper obstáculos tan débiles; el corazón sí puede traspasar esa neblina espesa para llevar sus emociones y su tristeza a los amigos y parientes que abandona, y que no tienen la misma razón para sentir al viajero que él para sentirlos; porque ellos se han separado de un amigo o pariente quedándose donde estaban, y él al abandonarlos abandona también el lugar de su nacimiento; pérdida doble que no puede menos de ser dolorosa a las personas sensibles que la experimentan.

¡Adiós, Medellín, adiós! ¡Ojalá que bien pronto pueda verte otra vez, verte desde aquí, al través de las hortensias que merodean, y siempre tan poético, tan alegre, tan risueño, pero más feliz, mil veces más feliz de lo que eres hoy!

Pasamos como una hora en la casa del alto aguardando nuestros equipajes que venían atrás. Las mulas parecían celebrar el atraso y dormían tranquilamente mientras conversábamos nosotros; la mía sobre todo, noble animal de nariz borbónica, abultado vientre y larguísimas orejas, manifestaba regocijarse sobremanera del descanso que se concedía. Pero llegó la hora de montar, hora terrible para ella, y tuvimos que seguir empapados con la lluvia que caía a torrentes, y transitando un camino malísimo; hasta que voluntariamente pararon nuestros animales en el corredor de una casa donde los arrieros desliaban a la sazón, dejando en libertad a las bestias de carga. El defecto que he encontrado en mi mula, es un carácter demasiado independiente, lo que hace que con dificultad nos entendamos: a ella regularmente se le propone irse por donde le da su real gana, y como yo tengo la pretensión de hacer respetar mi voluntad en tales casos, entablamos de continuo interminables peleas, ganadas casi siempre por ella, porque estira el pescuezo y mueve la cabeza haciendo tanta fuerza que me obliga a atender más a mi propia seguridad que

al triunfo de *mis ideas*, debilitando así mi resistencia hasta conseguir mi derrota completa. Son admirables, en verdad, las disposiciones militares de mi mula; y no porque sea cosa bastante común en el día debe dejar de estimarse cualidad tan recomendable en un animal de su clase.

La sala de la casita estuvo llena en un momento de petacas, baúles, sacos de noche y rejos en que tropezábamos a cada paso. Huyendo de semejante barahúnda, mi amigo y yo tomamos el partido de ir a calentarnos en el fogón donde preparaban nuestra cena; allí al ruido de la leña ardiendo y sintiendo el benéfico calor que buscábamos, nos entregamos a una charla más franca y jovial de lo que podía esperarse, atendida la tristeza que ese primer día de marcha nos había hecho sentir. No teníamos otra luz que la que recibíamos de la brillante llama de los tizones. Esas caras encendidas, en derredor de la lumbre, delineándose en medio de espesas sombras, me hicieron pensar en los hermosos cuadros de Rembrandt (2), cuyos raros contrastes de tinieblas y luz me han encantado siempre, y ante tan famoso material para un buen pincel, no pude menos que sentir mi ignorancia en el arte que más me ha llamado la atención desde niño, admirando la felicidad de los pintores, de los que pueden admirar la naturaleza copiándola.

Dormimos pues en el Tambo, o diré más bien, pasamos la noche, porque dormí muy poco. A las 5 sin embargo estaba ya de pie contemplando un paisaje encantador. El horizonte era muy despejado: anchos listones blancos cortaban horizontalmente las colinas, semejando a la vista un río caudaloso, en donde las cimas parecían pequeñas islas. Parecíame estar dominando el Magdalena desde uno de los elevados pisos de nuestras montañas.

MARTES 9

Desde antes de las seis estábamos andando. Mi compañero se encargaba de la conversación que yo abandonaba totalmente a su cuidado sin temor de verla decaer, porque se pone de tan buen humor yendo de viaje que no me necesita para tenerlo hablando más que dirigirle una pregunta cada dos horas. —Usted es un inmejorable compañero en un camino, le decía por la noche riéndome; es una cajita de música perfecta y tendré buen cuidado de darle cuerda cada vez que me fastidie el silencio.

Continuaba el camino malísimo, lo que nos hizo suponer que el de la montaña debía naturalmente hallarse intransitable. Vimos en Rionegro a los Sres. Bravo, Alvarez y Williamson, compañeros de viaje que debían unírse nos al siguiente día; nos proveímos allí de algunas cosas que urgentemente necesitábamos y después de habernos despedido en esa ciudad de algunos amigos, seguimos, dejando a las mulas andar a su paso natural, no muy acelerado por cierto.

Resultó que los baúles, según la opinión de los arrieros, pesaban mucho, y era preciso solicitar peones para el transporte a Remolino, lo cual no dejó que pasáramos ese día, con las cargas, de Cimarrones. Al revés de la mula de alquiler, hemos empezado el viaje a paso de morrocoy. ¡Dios no quiera que con igual celeridad continuemos en lo venidero!

Pensando en mis jornadas no he podido menos de recordar el cuento que menciona Larra (3) de un tal Anton Antúnez, que en un libro primorosamente encuadernado que compuso para apuntar los nombres de los hijos que pensaba tener, escribió: “El primero no fue hijo sino hija”. La primera jornada, pensaba yo recordando a Larra, no fue jornada sino ... nada, diré; y al considerar después lo que había sido la segunda, me acordaba de la segunda partida del libro del labrador: “El segundo hijo se murió al nacer, y por lo tanto no fue ni hijo ni hija”. ¿Qué diremos pues, de esta segunda jornada, muerta al nacer, concluida cuando apenas se le había dado principio? ¡Y qué noche tan poco agradable la que pasamos allí! ¡Antes de acostarnos, recibiendo las repetidas visitas de dos marranos, únicos obsequiantes de la vecindad, y después oyendo la armoniosa serenata con que se dignaron festejarnos! Además, las chillonas y estúpidas chanzas de una vieja, en arrastraderas, y dos mujeres desdentadas formando todo un conjunto capaz de deleitar la vista y los ojos del más entusiasta admirador de lo bello y del más delicado e intolerante músico, si se hallara en mi lugar. Dormí además como en un tejado, porque la cama tenía un desnivel como de una vara de la cabecera al otro extremo: he aquí mi segunda estación.

MIÉRCOLES 10

No conseguimos que cogieran las bestias sino a las 9 del día, hora en que dejamos la posada tomando el camino de Marinilla. Es bellísima esa parte del camino, sobre todo por la mañana, cuando las flores de los sietecueros (4) se ven todavía empapadas por el rocío de la noche, cuando el cáunce (5) y otros árboles que sombrean las orillas exhalan olores aromáticos, cuando cantan las mirlas en los árboles y dora el sol naciente ese cuadro semejante al que con el nombre de “la mañana” han tratado vanamente de copiar de la naturaleza los artistas, sin que el buen éxito haya coronado nunca sus deseos; porque es demasiado bello un cuadro como ese y todo lo que es demasiado bello es inimitable. –Algunos momentos de demora tuvimos en el pueblo, saludando a uno que otro amigo que encontrábamos; pero nuestras cabalgaduras hicieron más larga de lo necesario la permanencia allí, porque estaban enteramente resistidas a pasar más adelante. Mi memorable mula, una vez que se vio compelida a ponerse en marcha, lo que hacía era pedir posada en todas las casitas, y como me valía de la espuela para hacerla seguir, íbamos a dar, como si fuéramos pelota de caucho, al opuesto lado del camino, de donde retrocedíamos otra vez formando eses continuas que no poco

tiempo me quitaban. El maldito animal trotaba como caballo inglés, y yo que amanecía más estropeado que Sancho después del manteo de la venta o que Don Quijote después de la aventura de los molinos, sentía resonar cada paso en lo íntimo de mis riñones, ni más ni menos que si fueran martillazos a intervalos iguales dados sobre mi pobre humanidad. Estos martillazos horribles, tan a compás como si se dieran por nota, me hacían sospechar casi representábamos yo y mi mula, como diría Larra, ella haciendo de plano y yo de ayunque.

Como al medio día me había adelantado algo de mi compañero: caminaba despacio y me sentía quemar por los rayos verticales del sol, cuando hallé un árbol frondosísimo cuya sombra me provocó. Determiné detenerme allí algunos momentos y sentí tanto descanso, un bienestar tan dulce, que hubiera pasado en ese sitio largas horas sin la imperiosa necesidad de seguir. Estaba tendido a los pies de la mula que permanecía quieta como una piedra; mis ojos soñolientos me la hacían ver como la cabalgadura de bronce de una estatua: así estaba de inmóvil; el silencio era tan profundo que el más leve ruido formado por el insecto al volar, se oía en medio de la calma como el lejano ruido de una cascada. Oí de pronto una canción alegre, que me anunció la llegada de mi compañero. Se acercó la voz y percibí entonces una especie de coloquio, en que no parecía notarse sin embargo mas que una sola voz. ¡Cosa más rara! Era nada menos que mi compañero, que por falta de con quien hablar traía una animada conversación con su macho, lo cual me probó cuánto le duraba la cuerda a mi cajita de música.

Había estado tan bien en los momentos que pasé bajo el árbol, que me fue preciso hacer un violento esfuerzo para volver a montar y continuar andando. Sólo en ese instante agradable pude conocer el mérito positivo de aquel hermoso verso de Gutiérrez (6):

*“Y fuiste para mí como la sombra
Al ave fatigada por el sol,
Como la dócil y mullida alfombra
Al débil pie que el arenal llagó”*

La piedra del Peñol se descubría ya majestuosa en medio de las montañas. No puede verse sin admiración esta curiosidad natural de nuestro Estado: la altura, según los cálculos generales, no rebaja de 150 varas con 1.200 de circunferencia. Su anchura mayor es en la base y va gradualmente disminuyendo hacia la parte superior. Parece natural que la misma forma tenga la parte que está enterrada y que lo que se ve al nivel del terreno sea solo la mitad de ese enorme peñol, quedando cubierto otro tanto de lo que está visible: la mole, pues, viene a ser de prodigiosa magnitud.

Como a las 3 ^{1/2} estábamos siguiendo la orilla del río del Peñol, cuyas aguas dormidas lo mismo que en Rionegro, habíamos estado viendo durante media hora, mientras bajábamos del alto, brillando como plata en medio de las sabanas, bajo los oblicuos rayos del sol de la tarde.

En la plaza del pueblo hallamos poco después una buena posada para pasar la noche. Entregamos las bestias a un par de muchachos, verdaderos pillos en embrión que se las disputaban para llevarlas al potrero, como los cocheros de Liverpool, Southampton, se disputan el viajero que salta a sus muelles. La cuenta que nos pasaron al otro día era curiosa; pedían a medio real por cada mula que habían llevado.

JUEVES 11

A las siete estaban ensilladas las bestias después de haberse alimentado bien con maíz. Éramos ya cinco los que debíamos seguir juntos, pues el señor Williamson se unió también a nosotros desde el Peñol.

A medida que subíamos la cuesta que parte desde las calles del pueblo y va internándose en la montaña, la gran piedra se nos presentaba bajo una forma distinta, aunque no menos bella. Parece por esa parte menos difícil la ascensión: lástima es que no se hubiera hecho esfuerzos para escalar esta enorme montaña de piedra, pues el que coronara semejante empresa podría con orgullo decir como Jaime Balmes (7) después que consiguiera saludar con su sombrero el valle de Chamouny desde la cima del Monte Blanco: fui el primero.

Nos sirvieron en Cucurucho (8) un almuerzo que recordaré siempre con placer, porque probamos unas tazas de exquisita leche, como pocas veces la he tomado en Antioquia.

Desde allí empieza la montaña a variar de aspecto, comienzan los hondos canalones en donde entra apenas una escasa luz; los árboles toman proporciones gigantes; las casas que se encuentran no son sino ranchos pajizos desmantelados y sin abrigo alguno. El camino lo encontrábamos cada vez peor; nos hundíamos continuamente en el barro, de donde con dificultad salían las mulas, y sin embargo nos aseguraban los arrieros que esta era la parte mejor del camino y que era tortas y pan pintado comparado con lo demás. Halagüeñas noticias para el viajero que suda a la vista de cada barrial y cree siempre ser ese el peor de cuantos ha pasado.

En la falda de Caldera (9), algunas cuadras antes de llegar a la quebrada, encontramos a mano derecha una casita al parecer aseada, donde determinamos pedir posada. Tenía su pequeño patio al frente, cercado por un vallado de piedras y en él se veía pasearse un gallinero completo, desde el gordo y abultado pavo hasta el pollo no acabado de criar, desplumado y perseguido a picotazos por sus agresivos compañeros. Esto y el estar la cocina echando humo por sus cuatro costados como si la consumiera un

incendio, nos parecieron señales nada equívocas de abundancia y buen gusto, y así fue que nos desmontamos de muy buena gana antes de que al patrón se le hubiera ocurrido invitarnos a ello. Está visto que no hacemos sino medias jornadas, y gastaremos para llegar a Remolino doble tiempo del que ordinariamente se necesita.

Después de larga espera, nos sirvieron una gallina perfectamente aderezada que comimos con apetito devorador, rociándola con tragos de brandy viejo y magnífico del que por casualidad venía en las petacas una botella. La casita era húmeda y sumamente estrecha y aunque el patrón nos dijo que si no lo pasábamos bien era *por falta de comodidad y no por otra cosa*, como nuestro sueño era igual al apetito que habíamos manifestado, dormimos perfectamente sobre las tarimas que había, hasta que el ruido que hacían los criados, bajando en hilera del zarzo en donde habían dormido, cada uno con su vela encendida en la mano, me despertó causándome el espectáculo no poca sorpresa, pues a no frotarme bien los ojos me habría creído contemplando las escala de Jacob. Inmediatamente tuvimos que levantarnos, pues el abrir y cerrar de puertas a esas horas es el mejor despertador que conozco.

VIERNES 12

Sufrimos alguna demora al salir de la posada, porque se habían perdido una o dos mulas. Serían ya las 8 cuando dijimos adiós a nuestro huésped, quien nos dio mil excusas, repitiendo que si lo habíamos pasado mal era por la *pobreza*, pero que lo que era el *afecto* siempre lo había. ¡Vaya un amor a primera vista y declarado de la manera más curiosa del mundo! Quiero apuntarlo en mi cartera para eterna memoria de mi patrón.

La montaña tenía en esa parte paisajes muy hermosos. Se veían en ella árboles corpulentos, quebradas espumosas de aguas azules y transparentes, y bosques espesos donde se encontraba inmensa diversidad de plantas. Empezamos admirando cuanto veíamos: nos llamaba la atención lo elevado de las montañas, lo profundo de los derrumbaderos, donde se perdía la vista, oyéndose sólo en medio de las montuosas gargantas el sordo ruido de las quebradas que corren entre peñoles. Todo nos encantaba y atraía nuestras miradas; pero cuando comenzamos a subir la cuesta de Caldera, cuando nos vimos en un sendero que ni el nombre tal merece, donde a cada tres varas nos veíamos matados, donde las bestias se caían enredadas en las piedras y raíces o insensibles a la espuela se paraban resoplando y sin querer seguir, cesó nuestra admiración, se evaporó el entusiasmo poético que nos animaba y desde entonces contrayéndonos a más prosaicas ocupaciones, nos ocupamos tan sólo de librar las piernas y brazos del peligro que los amenazaba. La espada de Damocles suspendida sobre nuestra cabeza, acaso nos hubiera permitido andar con más

sosiego; porque de seguro que andar en invierno por los caminos de mi tierra es poco menos que llevar la vida a todas horas pendiente de un cabello.

Nos habíamos desmontado en la Honda, en una casa de palos clavados y techada de hojas de palma, edificada enteramente sobre la playa arenosa de una quebrada: preparábamos allí el almuerzo cuando llegaron los señores de Goda y Durán, a quienes habíamos dejado en el Peñol; ellos participaron de nuestro almuerzo y se adelantaron enseguida porque andaban de prisa y no parecían hacer gran caso del mal camino. ¡Qué vías de comunicación, Dios eterno! No pueden olvidárseme un momento los pasos que hemos encontrado hoy. Nos decíamos esta mañana al ver las mulas hundiéndose en el pantano y comer barro hasta por las orejas, si así es este camino por donde deben pasar los diputados de la Convención (10), decididamente no podrá haber quórum. ¡Qué caminos, Dios mío, qué caminos!

A las 4 entrábamos por la calle real de San Carlos y andábamos de casa en casa buscando la que había de servirnos de posada: encontramos al fin la que nos convenía, casa grande y cómoda donde nos desmontamos.

La niña de la posada era de Rionegro, bastante buena moza aunque bizca. Hacía los honores con perfecto desembarazo, dándose la importancia de persona de categoría, sin admitir más tratamiento que el de señorita. Durán y el compañero tampoco pasaron de San Carlos y esa noche conversamos con ellos hasta bastante tarde, hallando positivo placer en la alegre y chistosa charla de Durán. He aquí uno de los cuentos con que nos hizo reír y que no he podido olvidar, como tampoco el estilo y modo de contarlos el narrador.

Viajaba por Venezuela un tal Mr. Dupui, hábil jugador de mano que gozó al principio de renombre y obtuvo brillante concurrencia en todas sus funciones. Pero más hábil prestidigitador que negociante, empezó a hacer sus suertes en los almacenes, en las tiendas, en las casas de sus amigos y en todas partes y se despopularizó en un momento, porque todo deja de llamar la atención desde que se hace común. En consecuencia se encontró casi reducido a la miseria; viajó por las provincias sin éxito ninguno y volvió a Caracas en un estado de depresión lamentable. Una regular concurrencia a una siquiera de las funciones que daba podía sacarlo de apuros, ¿pero cómo obtenerla? El pobre hombre se pasaba meditando cuando se dio un golpe en la frente y se paró lleno de satisfacción como sintiendo que no se le hubiera ocurrido antes esa idea original. Puso pues, su programa como los antecedentes para fijarlo en las esquinas, agregando sólo estas palabras:

“Mr. Dupui se comerá un hombre vivo”.

La concurrencia esa noche apenas cabía en el teatro y cuando se levantó el telón y empezó sus suertes por el orden indicado no se oía más que un grito en todos los palcos: “¡No, no, el hombre vivo!”. Llegó por fin la hora deseada por el público y tuvo Dupui que acallar la gritería haciendo además de que

quería hablar. — “Señores”, dijo, “he prometido comerme un hombre vivo y estoy pronto a cumplirlo. Sólo falta el hombre que quiera dejarse comer”. La indignación y la rechifla fueron espantosas, pero un campesino bonachón, que sin duda se había ilusionado con la idea de sorprender a su mujer contándole los prodigios que había visto, saltó sobre el escenario gritando: “Mr. Dupui , yo no pierdo mis 4 reales así no más, aquí estoy, señor, cómame Usted”. El prestidigitador dio un salto de pantera y se le prendió con los dientes de la abultada nariz. El campesino dio un grito de dolor y el agresor dice con mucha calma: -“Pero, señor, él es algo grande y es preciso ir por partes, no soy boa para echármelo de un bocado”. Todo fue risas y aplausos en el teatro. — Entonces Mr. Dupui quedó con el bolsillo bien provisto y el campesino que no quería perder sus 4 reales quedó con ellos de menos y con una hinchazón de más en su pobre nariz.

SÁBADO 13

La mañana empezó lluviosa; pero no obstante el camino estaba magnífico comparado con el que dejamos atrás.

Una cosa llamó mi atención y empleé en observarla algunos momentos por parecerme en extremo curiosa. En el monte por un largo trecho se veían unas telas de araña compactas como un género fino perfectamente bien tejido y de dimensiones que se hacía increíble fueran la obra de un animal tan pequeño. —Extendidas de árbol en árbol y de mata en mata parecían unas veces monstruosas arañas de cristal, otras grandes cortinajes flotantes que el viento mecía caprichosamente. De todos modos esa obra gigantesca, esa obra magna que había acaso consumido la vida de muchos de esos fabricantes laboriosos, podía ser destruida de un soplo; bastaba el roce de una mano insensible para que nada quedara a esos animalitos de sus sudores y trabajo y para recibir la ruina completa como premio de su larga y penosa laboriosidad. — ***“Capitalista de la Nueva Granada, podía escribirse aquí en la corteza de los árboles a imitación de letrero de cementerio, hombre laborioso de Antioquia que consagras honradamente tu vida a un trabajo incesante, ¡entra — observa y medita!”***

Almorzamos en la “Ciénaga”, gracioso grupo de casitas aglomeradas sobre una cuchilla por donde pasa el camino. Se encuentran allí vacas hermosas que rumian echadas delante de las casas; se ven plantíos de caña dulce que recrean extraordinariamente la vista en medio de esa triste uniformidad de altas montañas y sombríos bosques que fatigan la mirada del viajero y llenan su alma de fastidioso *spleen (*)*.-

Me recosté con la mayor comodidad posible sobre un entarimado de guaduas y me adormecí insensiblemente oyendo a mi mula masticar su ración de caña dulce detrás de la pared de palos contra la cual me recostaba.

Podríamos perfectamente hacer la jornada a Canoas, porque el camino lo hemos encontrado bastante seco; pero el equipaje es imposible que pueda llegar: anda a paso de santos y los criados a paso de cruz alta, pues no hay medio de que se adelanten de las cargas ni de que vengan a nuestro lado.

Como entre Balseadero, a donde hemos llegado a las 2, y Canoas, a donde no podríamos alcanzar, no hay posada buena, tenemos que quedarnos aquí esta noche, perdiendo tristemente una parte del día, que podríamos emplear avanzando algo.

El río de Balseadero es imponderablemente bello. Estoy sentado a su orilla, sobre una roca que golpea a mis pies una agua verde y transparente. Hasta el ruido de la corriente parece refrescante y es grato al oído como una encantadora sinfonía. El agua es mi delicia donde quiera que la encuentro. Me encanta verla en el vaso cristalino que voy a tomar, oirla rodar en arroyos sobre menuda arena, verla en borbotones golpeando de piedra en piedra, oirla mugir estruendosa en elevada catarata u oirla murmurar suavemente cuando con ruido imperceptible lame las anchurosas playas de un sereno y majestuoso río. No puedo nunca olvidar la impresión que me hizo la vista del Niágara, la reina de las cataratas, cuyas aguas color de esmeralda, semejantes a las que tengo a la vista, se ven mansas y tranquilas después de precipitarse, como si descansaran del violento esfuerzo de la caída, ni puede olvidárseme jamás el salto del Tequendama, más alto que el Niágara aunque menos voluminoso, más agreste y natural, aunque menos imponente y que encierra tal vez mayor belleza porque no hay arte en él, todo es naturaleza, está como salió de la mano de Dios, y la del hombre, la mano que por mejorarlo, todo lo destruye, que por embellecer, todo lo afea, no ha hecho sentir su sacrílego tacto sobre la cabellera montuosa de la catarata que el arco iris ilumina todos los días y que el agua rugiente al desprenderse salpica eternamente.

Como a cincuenta varas veo una isla de muy reducido terreno, pero poblada de elevados árboles que parecen nacer sobre las grandes piedras que baña la corriente.- La vegetación es tan exuberante que no se alcanza a ver playa ninguna en la orilla opuesta; las raíces de los árboles están dentro del agua y las anchas hojas de las plantas raras, que sobresalen, se columpian graciosamente movidas por la fuerza del río; y esa orilla tan recargada de verdura es la base de un cerro sumamente elevado y casi perpendicular, sembrado de árboles hermosos notables por sus corpulentos troncos y su altura verdaderamente prodigiosa.

La casa en que pasamos era de palos y tan separados unos de otros que bien podrían los dueños haberse ahorrado el trabajo de hacer puertas, y la puerta no tenía que cerrar porque consistía solamente en un hueco exceso ancho, por donde podía pasar cómodamente un batallón de crinolinas en columna cerrada de a cuatro en fondo. Los murciélagos chillaban y batían las alas entre la paja del techo. Otros animales que no nombro, casi puedo decir que se les ha oído pasear sobre las guadas; el suelo tenía alterones y desigualdades nada compasivos con las costillas del durmiente, mi criado conversaba en la cocina en voz alta

y desde mi cama oía sus historias de una culebra que había matado en el alto de tal, otra que había picado una bestia en la quebrada tal, otra que por poco los pica llegando a tal otra parte. ¿Qué tan dulce sería mi sueño con semejantes elementos de tranquilidad?. ¿Qué tan dichoso mi descanso después de un día de marcha fatigosa?. Dormirme al fin para soñar que todas las culebras de la montaña se habían dado cita y hacían baile en mi cama, divirtiéndose grandemente en obsequio mío.

DOMINGO 14

Pasamos en la mañana por Peñol pelado, uno de los puntos más bonitos y pintorescos del camino. — Hay una pequeña meseta por donde rueda atravesando el camino una corriente de agua cristalina, cuyo lecho lo forma en esa parte una gran piedra llena de cavidades y huecos que hacen otros tantos pozos, en los cuales pueden verse nadar los pequeños pescados o distinguirse las piedrecitas del fondo. — Hay grandes árboles que prestan su sombra a este sitio delicioso, donde según dice el Dr. Ortiz (11) en su viaje a Antioquia, cada viajero echa pie a tierra, ata la mula a una rama y saca la cajeta de conserva para calmar con ella el apetito y luego la sed con esa agua delgada y exquisita. —

Desgraciadamente pasamos a una hora nada competente en que ni había apetito ni sed y nos contentamos con echar una ojeada a ese bonito punto sin detenernos mucho en él.

Nuestro almuerzo lo hicimos en Canoas como a las 11, en casa del Sr. M. R., *exbodeguero* de Remolino. Estaba este señor vestido de azul claro desde la cabeza hasta los pies, lo que me hizo reír por traerme a la memoria otro de los muchos cuentos con que nos divirtió el Sr. Durán la noche que pasamos juntos en San Carlos. Nos refirió que el Sr. Manuel María Mosquera (12) en uno de sus viajes a Europa llevó en calidad de paje un muchacho neivano, cuyo único defecto era ser notablemente caratoso. Al otro día de su llegada a París le perdió sin saber cómo y fueron varios cuantos esfuerzos hizo en su solicitud, hasta que pasando por una calle extraviada vio un cartelón que decía en letras grandes:

“El hombre azul”

Se recibe de las 10 a las 3 de la tarde

Entrada, medio franco”

Deseoso de ver esta maravilla, entró el Sr. Mosquera y se encontró nada menos que a su sirviente que no pudo pronunciar al verlo más que un —“Eh patrón, sáqueme de aquí por vida suya” y le extendió los brazos como a su libertador.

El pobre hombre estaba afligidísimo viéndose tratar como bestia después de haberlo atrapado como animal curioso a causa de su raro color.—

A las 2 de la tarde estábamos ya en el alto de Quebradona (13) que era nuestra posada: los arrieros ponían su tolda, herraban sus mulas, mientras nosotros nos sentábamos a descansar en el suelo del trapiche que era la mejor habitación de la casa.

Allí mismo preparamos la cama y antes de acostarnos rezamos un largo rosario para satisfacer el día de fiesta, cenamos haciendo de las tapas de las petacas una suntuosa mesa y luego dormimos deliciosamente hasta que la claridad del día nos despertó.

LUNES 15

Con grandísimo trabajo conseguimos que nos vendiera el patron o unas cuantas cañas, único alimento que entró en la *pobre morada* de las infelices bestias en esos dos días, porque lo que era la noche la habían pasado *haciendo versos*.

Desayunadas así las pobres mulas y desayunados nosotros con sendas tazas de chocolate hirviendo no tuvimos inconveniente en embarcarnos nuevamente en el pantanoso piélagos para ver si algún día llegamos al término feliz de nuestro viaje.

El camino estaba malo; la mayor parte de él estaba muy cerrado y lleno de árboles y raíces que obstruían el paso.

Había uno siempre entre nosotros que hiciera de guía, no tanto por su deseo de representar este papel cuanto por la sencilla razón de que alguno tenía que ser el primero, desfilando como íbamos de uno en uno. Fijos los ojos en el explorador seguíamos todos paso a paso y cuando el delantero se paraba ante un peligro, que los demás no podíamos ver, dando el *"aquí sí"* de alarma, nos declarábamos en *consejo de camino* ya que no de guerra, para *aconsejar* al intrépido guía por dónde debía echar.- Esperábamos el resultado sin pestañear y si no podíamos verlo por ocultarlo alguna vuelta o árbol, esperábamos el *batacazo* final que nos anunciara la llegada feliz a su destino, precisamente como si hubiéramos echado una carta por buzón y aguardáramos por el ruido el anuncio de que había caído en la caja.- Entonces abríamos nuevamente la sesión para ver si convenía más seguir la senda indicada por el primero o buscar otra, es decir, si valía más el *malo conocido que el bueno por conocer*, y así sucesivamente íbamos haciendo en todos los malos pasos, lo que ya puede suponerse si nos permitiría hacer jornadas largas.

Uno de los acompañantes que por temor de romperse una pierna substituyó el carguero (14) o la bestia mular, era el objeto de nuestra conversación después de pasado el peligro. ¡Qué talento tuvo, decíamos, qué bien supo hacerlo! Y cuando encontrábamos un llano donde pudieran galopar las bestias o un buen trecho

de camino seco exclamábamos también: ¡Pero que ocurrencia la del compañero venir en carguero por tan buen camino!

Se nota ya por todas partes la vegetación de los climas cálidos: el totumo se encuentra en los patios de todas las casitas, se ven cercados enteros de limoneros y de naranjos agrios, y en el monte, para no dejar duda del temperamento en que estamos, se oye el canto de los pericos y las guacamayas y el fastidioso chillar de las chicharras.-

Da lástima ver a los peones fatigados con un pesado tercio a las espaldas y bañados en sudor, subir las empinadas cuestas que a cada paso se encuentran. Andan casi desnudos, moda bastante salvaje pero necesaria, a causa de la naturaleza de su trabajo.

Se pasa el río Nare (15) lo mismo que el de Balseadero, por un puente malísimo techado de paja y tan estrecho que no parece al pasarlo sino que anda uno por el cielorazo de una casa a caballo y sin embargo no hay que pagar en Balseadero por cada carga y la mula sino el *módico* precio de dos reales y medio. ¡Dios se la deje gozar al Sr. pasero!

Llegamos al “Pital” (16) con muy buenas disposiciones de tomar alguna cosa; claro de mazamorra era lo único que había y pedimos unas tazas; pero al tiempo de vaciarlo alcanzamos a ver en un rincón de la cocina la fabricante de la mazamorra y a su vista sufrieron nuestras disposiciones gastronómicas un golpe de muerte. *Stop*, le dijimos a la mujer a tiempo que iba a darnos lo que le pedíamos, como que no tomamos nada si no tiene leche para echarle. Ella se sorprendió del repentino cambio de nuestra resolución y no supo a qué atribuirlo, pero era el caso que al ejecutar la importante operación de la *enfriada*, observamos en la tal mujer unas manos, cuya piel no se sabía si era de caimán, de bagre, de sapo o de culebra, y era tan fea, tan supremamente fea, que el estómago se revolvía con sólo mirarla. Nos dijeron que era del Nare: vendría sin duda a representar el Magdalena dignamente en el alto del Pital.

Como a las 3 de la tarde nos desmontamos en Guadualejo como lo hacíamos en todas partes; es decir sin pedir posada a nadie, como si llegáramos a nuestra casa y sin tomarnos más trabajo que el de decir *cómo le va patrón* o *cómo le va patrona* y despedirnos igualmente al siguiente día. Es curiosa esa franqueza que tiene visos de expropiación y que se considera como cosa muy natural. La dueña de la casa, si está inclinada sobre la piedra de moler o con el tarro de guadua apoyado en la rodilla para sacar el agua, no se cuida siquiera de volver los ojos sobre los que se apoderan así de su vivienda; pero que no vaya el transeúnte a comprarle ni un átomo de sus alimentos ni a pedirle cosa alguna porque de seguro la encontrará menos hospitalaria que cuando deja la casa a disposición de los que pasan.

MARTES 16

Hicimos en tres o cuatro horas la bajada de Guadualejo a Remolino y hemos llegado a este sitio que con propiedad podría llamarse sinónimo de purgatorio. No hay aquí más que dos grandes bodegas que ocupan todo el terreno llano de ese reducido espacio, sin dejar siquiera un patio pequeño delante de ellas. — Cuatro elevados cerros en dirección de los cuatro puntos cardinales rodean como enormes murallas estas dos casas y no dejan libre más espacio que unas pocas varas de terreno pedregoso que se extiende desde el alar de las bodegas hasta la orilla del río. El Nare corre aquí estrecho y encajonado y la naturaleza ha puesto grandes lajas de mármol al parecer como una valla que impide el lento desmoronamiento de los cerros a causa de la estrechez de su cauce.

El calor es insufrible y los mosquitos se ven en abundancia. Las bodegas están atestadas de bultos y aún los corredores y alares se encuentran repletos de cajas, damajuanas y barriles hasta el techo. Los peones y las mulas ocupan la pequeña tira de terreno que hace de patio, así es que falta el aire para respirar.

Sabíamos que había en este puerto dos champanes (17) que habían venido subiendo mercancías de Nare; el uno al asomar nosotros al alto lo alcanzamos a ver que bajaba muy despacio y pronto no quedó de él más que la columna de humo que subía del fogón de los bogas (18) y quedaba indicando su marcha, largo tiempo después de haber doblado el cabo.- El otro champán lo están descargando y es en ese que debemos seguir.

Los bogas se ocupan con la actividad que les permiten sus despeados (19) pies, en subir las cargas del champán a la bodega. Están todavía más desnudos que los peones de la montaña y les cuesta cada paso que dan, por la escalera natural de piedras de mármol que llega hasta el río, tanto trabajo como a una bestia cansada y sin herraduras subir una empinada y pedregosa cuesta.

Estamos andando. A un golpe de palanca dado uniformemente por los bogas se desprendió el champán y empezó a rodar con suavidad impelido por la corriente. Grandes peñoles de mármol, labrados por el agua, se presentan a nuestra vista a los dos lados del río; árboles frondosos extienden sus ramas sobre el agua, formando hermosísimas sombras, oímos cantar los pájaros en los espesos bosques y mientras andamos con rapidez, podemos ir admirando los bellos paisajes que hermosean este río.

Los bogas amontonados en la proa conversan descuidadamente, dejando a la corriente el cuidado de llevar la embarcación, y la popa es el departamento del cocinero que ha colocado allí sobre tizones una grande olla llena de pescado y plátanos de donde se exhala un olor provocante. También está colocado allí sobre la parte más elevada el patrón con su enorme canaleta en la mano haciendo de timonero.— El patrón

está completamente vestido y es el único que tiene hábitos y modales de gente decente, los demás de la tripulación son verdaderos animales. Nos ofreció de su comida, que tuvimos la curiosidad de probar; consistía en pescado muy bien condimentado con ají y cocido con plátanos y nos pareció exquisita.

Es bella y de todo punto de vista imponderable la navegación del Nare: no se encuentra un agua más pura y tranquila, no se ven en ningún río riberas más poéticas, bosques más verdes y más encantadores. Hemos dejado atrás el río Nus (20), ya se hacen más raras las lajas de mármol y empezamos a entrar en la parte más ancha y abierta del río, donde el agua es más dormida y arrastra con mayor lentitud a nuestra embarcación; las montañas empiezan a achatarse a medida que nos aproximamos al Magdalena, desaparecen los cerros.

He aquí la bodega de Islitas, completamente abandonada. Sus paredes se desploman y por el techo verdoso y lleno de musgo trepan las enredaderas sin obstáculo y la cubren con sus hojas.

Hemos comido en la popa, sirviéndonos de mesa dos canaletes atravesados de un lado al otro del champán.

El Magdalena está cerca: ya se ven sus aguas amarillosas y distinguimos las selvas azules de la otra banda: estamos en Nare.

MIÉRCOLES 17

Pasamos una malísima noche, llenos de calor, molestados por los mosquitos y durmiendo en una casa malísima que nos dicen haber servido hasta de hospital en la última campaña.

No hay vapor y no se sabe cuándo llegará. Parece pues que es indispensable sufrir aquí la demora de algunos días, conservando además la incertidumbre porque nadie puede decirnos ni aun aproximadamente para cuándo puede contarse con la llegada de alguno. Tenemos de fuerza que revestirnos de paciencia y de resignación para vivir en este pueblo, el más feo, el más aburridor, el más detestable de todos los detestables puntos que haya en el globo. Si Remolino ha sido llamado por alguno el Purgatorio, puede avanzarse más la calificación al tratar de este miserable rancharío.

Por fortuna hemos conseguido que el Sr. Silva (21), representante de la casa de Duque y Martínez, nos provea de una pieza que si no mucho mejor tiene la ventaja de no haber sido hospital de nadie, de dar sobre el río, de donde sopla de vez en cuando algo de brisa que mitiga los ardores del sol; tiene la ventaja sobre todo de no tener en la cocina adjunta enfermos, como nos sucedía en la otra habitación, en cuya vecindad expiraba hasta un infeliz burro, que no pudo acomodarse con este horrible clima.

Había en esa casa una negra a quien preguntamos si sabía hacer una naranjada. -¡Bebida yo!, nos contestó, eso y mucho más que fuera; si en eso he pasado mi vida; todo el que viene aquí apenas se enferma, lo asisto y lo cuido en su enfermedad y hasta yo misma lo entierro porque ni aun para eso me valgo de persona extraña.- Le dimos las gracias, expresándole el poco deseo que teníamos de experimentar la bondad de sus cuidados.

La casa que ocupamos ahora da al río por la parte de atrás y está edificada sobre una alta barranca, donde pueden verse los champanes que suben, en medio de la gritería de los bogas, y las canoas que pasan a nuestros pies, manejadas hábilmente por mujeres y niños. En una pequeña isla de arena que sobresale cerca de la otra orilla, se tienden los caimanes a recibir el sol y desde aquí, a pesar de la distancia, los vemos como troncos secos de los que dejan las avenidas en la playa.

Después de comer fuimos a sentarnos sobre la tolda de una barquetona, atada con un grueso cable a un árbol de la barranca.- La corriente nos empujaba, nos hacía chocar contra un champán, manteniéndonos en continuo vaivén como si nos hicieran mecer en una hamaca. La playa nos molestaba; pero recibíamos siquiera de vez en cuando una débil brisa, que refrescaba algo nuestras frentes empapadas por el sudor.

JUEVES 18

Pasamos toda la mañana sentados en la puerta que da al río, viendo pasar los troncos que arrastraba la corriente en medio de la espuma y la basura: el río empieza a crecer y ha cubierto ya la pequeña isla de arena que se ve al frente.

De la otra banda y un poco más arriba de esa islita está la playa donde los habitantes de Nare buscaron refugio cuando los marinillos después del triunfo de Santodomingo (22), tomaron posesión del pueblo, sin que se les opusiera resistencia alguna. No quedó en Nare un ser viviente ni quedó en el puerto embarcación alguna, porque todas las pasaron al lado opuesto los emigrados, lo mismo que cuantas mercancías y víveres pudieron, pues tampoco tuvieron el tiempo suficiente para ahorrarse del todo el trabajo del saqueo a los invasores. El mismo sistema de los rusos en Moscú (23), vencer al enemigo por falta de recursos. Con la diferencia solamente de que en vez de entregar a las voraces llamas de un incendio todas las casas de una población, se contentaban con tumbar, desde el lado opuesto, uno que otro tabique a fuerza de cañón o acabar de inclinar un tejado poco sólido, en vez del frío intenso que diezmaba las filas del grande ejército en las nevadas llanuras de la Rusia, estaba lo más diametralmente opuesto haciendo el mismo papel; el calor con su *atache* de mosquitos iba diariamente ayudando a los refugiados en su triunfo: los franceses morían de hambre y devoraban a sus caballos muertos de fatiga, los marinillos no tenían más

caballos que sus piernas y murieron por haber hecho precisamente lo que los conquistadores del mundo no pudieron hacer, murieron por haber comido las sardinas, salmón y champaña de los cargamentos que quedaron, aceleraron no poco la destrucción de la fuerza invasora. Se emprendió por fin la retirada después de tres o cuatro semanas de sufrimientos, se dio la orden no desde los salones del “Kremlin” del palacio de los Césares, sino desde la sala de recibo de la casa del Dr. Alviar (24), y continuando la parodia de la gran campaña, se pusieron en marcha no hacia el Rin, última trinchera contra los perseguidores, sino hacia las frondosas orillas de Cimarrones, no pobres y hambrientos sino con los bolsillos bien provistos y muriéndose todos de apoplejía.

A las 4 oímos arriba de Nare el anuncio de un vapor, y poco después lo vimos avanzar en medio de torbellinos de humo, virar de bordo haciendo enorme ruido y acercarse a la barranca donde lo ataron con un cable, poniendo poco después la tabla que sirve de puente. Era el “Tequendama”: en él ha venido el Sr. M. Posada (25) que seguirá mañana para Medellín. Mi amigo Joaquín A. Gaviria llegó también de Remolino, pero tuve apenas tiempo de saludarlo porque iba a seguir en el momento en el vapor que anunciaba ya su marcha por medio de ese silbido atronador.

Vimos con tristeza la marcha de este buque: lo seguimos con la vista hasta que se perdió en la Angostura (26), volviendo a la casa después de que había desaparecido, mucho más tristes y aburridos que antes.

VIERNES 19

El Sr. Posada tuvo que regresar, porque estando el Nare sumamente crecido, se negaron los bogas a seguir. Con él pasamos la mayor parte del día, sirviéndonos su animada conversación de positivo placer en estos sitios miserables. A las dos nos dimos un baño, tan agradable en este clima, aunque algo molesto a causa de las precauciones que hay que tomar para evitar un encuentro con los caimanes.-

Por la tarde llegó de arriba el vapor “Cauca”, hermoso buque de dos chimeneas, sumamente cómodo y el más grande que surca las aguas del Magdalena. No había a bordo más pasajeros que un ministro protestante y su señora que no encontrando modo de hacer negocio en Bogotá, determinaron volverse a su tierra y predicar sus sermones en un país más protestante que el nuestro. La señora era una verdadera inglesa de ojos azules, traje color de plomo y sombrero de anchas alas que le cubría totalmente los hombros. Tenía en la mano un abanico de paja con el cual espantaba los mosquitos y arrojaba desdeñosas miradas sobre los ranchos de Nare pareciendo decir! ¡Qué gente tan bárbara! ¡Qué país! Tal expresarse así de los habitantes de esta parte del Magdalena, preciso es confesar que le sobraba razón a la señora del ministro

inglés. Tienen un acento tan desabrido y poco seductor, que lastiman los oídos más escrupulosos cuando hablan. Los hombres andan a medio vestir y no es raro encontrar en la calle gente sin camisa, pero a pocos les faltan las chinelas rotas para hacer ruido, pues parece que consideran esto como la más importante parte de su vestido. Usan areta casi todos y al verlos de lejos cualquiera los creería con guantes de cabritilla manchados por la humedad. Las mujeres usan el corpiño caído y el traje suelto, gran pañuelo de seda a medio atar al pecho, muchas flores en la cabeza y las indispensables arrastraderas, en que a veces sólo introducen un solo dedo del pie, no teniendo sin embargo obstáculo alguno para andar.-

Pero nada ocupa un lugar tan distinguido en la historia de Nare, como el mosquito que se ve flotar en el aire como nube, y el zancudo, hijo de la noche, que en medio de la oscuridad le recuerda a uno a todas horas el sitio en que se halla. El zumbido que lo acompaña siempre es acaso más molesto que la punzada misma, porque no deja al que lo oye tener tranquilidad y se pone uno en continuo movimiento para espantarlo desde que el zumbido empieza, este movimiento tan poco deseado por una parte, y por otra el calor lo hace sudar a uno como si fuera ingeniero de un vapor y renegar como condenado de la horrible música que anuncia a las manos y a la cara lo que se les espera. Tan cierto es que lo peor de esta clase de plagas es el zumbido, que uno de mis compañeros tiene la ocurrencia de taparse bien los oídos todas las noches, cuidándose bien poco de lo demás.

No sé por qué no había pensado antes en poner mi toldillo para precaverme de la abundante plaga: anoche lo hice y pasé una magnífica noche comparada con las anteriores.

SÁBADO 20

Temprano en la mañana vimos fondeado delante de Nare el vapor "Patrono", que hacía su viaje de bajada como los anteriores. Es uno de los buques más largos que se ven en este río, pero su obra muerta carece de elegancia y aún de comodidad según juzgué de la corta visita que tuve la ocasión de hacerle. Venía en él, en viaje para Europa, el Sr. Francisco Vargas, procedente de Bogotá, sujeto a quien no conocía, pero que visité inmediatamente porque le llevaba cartas de recomendación, bondadosamente acogidas por él. Tuvimos una larga conversación y me dio para su farmaceuta una carta de introducción escrita con lápiz y a toda prisa, entregándomela al tiempo que se oía ya el pito del vapor anunciando por segunda vez la salida. — Quitaron la tabla, apenas había pasado yo.

Desde la barranca veíamos a los pasajeros, que con sus sombreros nos hacían de la cubierta señales de despedida, contestadas amistosamente por nosotros. El buque cortaba el agua cruzando oblicuamente el

río para tomar la otra orilla y dejaba una espesa columna de humo; el ruido de su máquina se iba haciendo cada vez menos notable hasta que se hizo imperceptible al desaparecer el vapor en la Angostura.

Tres buques hemos visto en este puerto durante los últimos tres días, pero el que esperamos con ansia, el que busca todos los días nuestra vista impaciente, no aparece, condenándonos esta demora a una permanencia aquí que nos mantiene en una perpetua desesperación. El Capitán del “Cauca” nos dijo que el 21 podíamos tener aquí un vapor de subida: esperemos, pueda ser que mañana tengamos esta felicidad y podamos al fin continuar nuestro interrumpido viaje.

DOMINGO 21

El domingo en Nare se celebra, como en todos los pueblos civilizados, pero no por medio del recogimiento y la oración, no por medio del descanso ordenado por la Iglesia, sino entregándose la población entera a la holganza bulliciosa, al aguardiente y al juego.

Sentados, por la tarde, a la puerta de nuestra casa-tienda veíamos a las mujeres pasar frente a nosotros con sus trajes domingueros, con sus zapatos de arrastraderas, sus zarcillos y gargantillas en profusión con la cabeza adornada como un sitial de Corpus, paseándose por la calle real del pueblo, mientras que la parte masculina de la población se divertía en jugar a las bolas, haciendo en ocasiones apuestas fuertes, cuyo pago atraía siempre interminables reniegos, pependencias y pescozones, en que tenía su parte también el aguardiente, con que no dejan por nada los bogas de celebrar el día festivo.

LUNES 22

Bogotá, marzo de 1863.

Suspendo repentinamente estos apuntes que hacía diariamente en mi cartera, y que en todo el viaje me han servido para disipar el aburrimiento engendrado por la falta de trabajo, porque la enfermedad que adquirí en Nare me acompañó desgraciadamente en todo el resto del camino y me hizo mirar con aversión la cartera y el lápiz.

Pero hoy que después de haber olvidado enteramente los pequeños incidentes de mi viaje, se me ha ocurrido leer de nuevo estas líneas escritas ordinariamente a toda prisa, sin aliño ni hilación alguna, como que deben servir sólo para traer más tarde a mi memoria los recuerdos de esta época; hoy, digo, se me ha

antojado continuar el apuntamiento de mis jornadas como si estuviera todavía en Nare, como si ninguna interrupción hubiera sufrido mi viaje por causa de mi enfermedad.

Conservo fresco el recuerdo de todo lo acaecido día por día, hora por hora. Volvamos pues a ese pasado en que probé ratos tan amargos y traslademos al papel mis impresiones de entonces, como si estuviera aún quemado por la fiebre, buscando frescura en la sombra de las palmas del Magdalena y pisando aún la abrasadora arena de las playas y volvamos al pasado.

Sentí por la mañana una indisposición que me hizo guardar la cama todo el día, causándome bastante inquietud, porque en estos climas malsanos del Magdalena cualquier indisposición es enfermedad y cualquier enfermedad grave, atendida la temible insalubridad del temperamento y la falta absoluta de recursos, que es lo primero que se viene a la mente del que siente en su cuerpo los síntomas de la enfermedad.

Nada halagüeña en verdad era mi situación: tendido en un catre agobiado por el calor y la enfermedad, sin recursos ningunos y sin alimentos sanos siquiera, porque no se encuentran en el pueblo de ninguna clase; esperando vapor, que no se sabe cuándo llegará para poder seguir y peor que todo, lejos de mi casa, de mi familia. Esta reflexión me atormentaba acaso más que el calor, más que la enfermedad y más que la desesperante incertidumbre acerca de la llegada del vapor.

MARTES 23

El 23 pasé una mala noche, pero al otro día a las 7, me sentí por un momento alegre y reanimado al oír el grito de “vapor” lanzado por un muchacho que desde lo alto de la barranca clavaba su vista habituada en un objeto que se veía, aunque en la Angostura. No creo que Colón hubiera sentido más júbilo al oír gritar “tierra” al marinero que desde el alto mástil de una de las carabelas hizo con esa sola voz caer de rodillas a la tripulación revoltosa, no, de seguro que el Almirante viendo la línea azulada que indicaba la isla de San Salvador no sintió más gozo que yo contemplando las dos chimeneas del buque que iba a libertarnos.- Subió el vapor con una incomprensible lentitud y gastó un buen rato desde que se divisaba como un punto blanco a lo lejos hasta que oímos en frente de nuestra casa el monótono resoplido de su máquina. Hice abrir bien la ancha puerta que daba al río y desde mi catre lo vi pasar cortando la corriente para atracar dos o tres cuadras más arriba en el puerto principal.

Como no debía salir el buque hasta el siguiente día, no me apresuré a levantarme y permanecí acostado, mientras las criadas hacían los aprestos del viaje que veía yo con placer sin igual. Me creía alentado con la certeza que tenía de dejar nuestra tienda-casa el mismo día; pero me engañaba: el mal adquirido durante mi permanencia en ese punto debía hacerme pasar aún momentos bien amargos.

A las 4 de la tarde dejé la cama y apoyado en el brazo de uno de mis compañeros, porque me sentía débil, fui hasta el vapor, pues se había resuelto que dormiríamos a bordo esa noche. ¡Pero qué noche Dios mío! Conservo perfectamente grabado en mi memoria ese recuerdo horrible. —Me sentía abrasado por la fiebre, con una sofocación desesperante y oyendo sin interrupción durante esas 12 horas de insomnio las cadenas del timón crujir sobre mi cabeza, mientras el ruido de la sacada del cargamento conmovía la cubierta, aturdiendo de tal modo los repetidos porrazos que no parecía sino que estuviéramos al pie de un cañón en un día de batalla. —Me devoraba la sed y el agua no me saciaba. —Para que fuera completo mi tormento, había quedado mi cama cerca de los filtros, y toda la noche estuve oyendo destilar gota por gota el agua que mi imaginación febricitante me hacía ver como filtrando helada y cristalina de una roca musgosa en la cumbre de una de nuestras montañas antioqueñas. Sentía como Tántalo muriendo de sed, el agua cerca de mis labios sin poderla alcanzar.

MIÉRCOLES 24

Había a bordo cosa de 20 pasajeros de diferentes aspectos y edades; pero se hacía notar entre todos a primera vista un español, que había estado al servicio del General Mosquera (27) y que conversaba como un loro, refiriendo y volviendo a referir todos los días y todas las noches la interminable historia de sus gloriosas campañas.— Cuando no estaba hablando, cosa común, hacía sonar los cóndores sobre la mesa de juego y juraba como buen chapetón cada vez que la suerte se le manifestaba adversa. Era el tal sujeto la cócora de la mitad de la tripulación y el encanto de la otra mitad que le hacía círculo y oía con paciencia sus empalagosas historias, incomprensibles caprichos de la naturaleza; ¡darle a un hombre el poder de inspirar simpatías a cierto número de gentes y antipatías a otro igual! Luego hay para los antipatéticos, lo mismo que para las mujeres feas, una esperanza en el mundo: el mal gusto de ciertas personas. —¿Pero qué será peor? ¿Inspirar aversión o ser deudor al mal gusto de las simpatías que se inspiran? Cuestión es esta que no quiero responderme a mí mismo; en vista de su dificultad, prefiero hacer lo que la Legislatura de mi tierra en los casos arduos: “Suspéndase la discusión”.

Como se alargaba el descargo del buque, cansado de permanecer ocioso sobre cubierta, salté a tierra para dar a Nare la última despedida y saborear bien el placer de ese adiós. Propúseme aguardar el sonido del pito en la casa del Dr. Alviar, la mejor del pueblo sin disputa, aunque amenaza desplomarse en ruinas y da muestras de una decadencia lastimosa. Consiste en dos piezas, una invisible que será probablemente dormitorio, otra visible que es sala de recibo, de costura, almacén, comedor, escritorio, y pieza de estudio,

como lo revelan los mapas, comidos por el comején que adornaban las paredes y los libros viejos y empolvados que se veían sobre un órgano dañado que hacía las veces de consola o de mesa. Todo lo recuerdo como si estuviera delante: la lámina representando el vapor “Manzanares”, la hoja de papel clavada con plumas donde están pintadas las banderas de todos los países, los taburetes de cuero de todas clases y tamaños hasta los menores detalles de esa habitación visitada por todos los que tocan en Nare, que vista una vez al través de una nube de mosquitos y con el termómetro a los 80 grados no puede olvidarse nunca, como no pueden olvidarse jamás los lugares donde se han pasado días mortales de aburrimiento y hastío.

¡Qué placer sentí esa tarde cuando contestaba desde la popa las señales de despedida que me hacían desde la playa, cuando vi al vapor desprenderse de la orilla, bajar dos o tres cuerdas, tomar la mitad del río y empezar majestuosamente la subida, haciéndonos perder de vista bien pronto el puerto que podíamos llamar del “Hambre”, como llamó Pizarro (28) la playa inhospitalaria del Pacífico donde tantas desgracias le sobrevinieron en su primera expedición al Sur.

Nada hay más hermoso que el Magdalena en las tardes de verano, visto a la luz del sol poniente.- El cielo se ve limpio de nubes y lleno de arbores de fuego tan bellos y caprichosos como no los había visto acaso en toda mi vida: las aguas del río tranquilas y brillantes con los últimos rayos del sol estaban sombreadas a trechos por la vegetación de las orillas, y las copas de los árboles que la naciente oscuridad iba volviendo negras, destacándose en un fondo de oro, aparecían como figuras fantásticas donde podía verse como en las nubes todo lo que se viene a la imaginación. Yo sentado esa tarde al lado del timón observaba lleno de encanto ese paisaje admirable y permanecí largo tiempo como extasiado en una deliciosa contemplación, hasta que volví en mí repentinamente por la brusca parada del vapor en el sitio donde debíamos quedarnos hasta el día siguiente: era completamente de noche.

JUEVES 25

El 25, cuando después de una noche de insomnio como las anteriores, abandoné mi catre sofocado por el calor y me dirigí al departamento de baño, hacía mucho rato que estábamos andando.-

Mientras los pasajeros se paseaban fumando, leían o jugaban, mi única ocupación era contemplar las montuosas riberas del río, sobre una hamaca que tenía colgada sobre cubierta y en la cual me tenía la enfermedad como elevado. Desde ese sitio seguía también mi vista con disgusto los movimientos de los criados a las horas de comida, desde que apartaban a los jugadores para tender el mantel hasta que tocaban la campana después de haber colocado el último plato de ñame y carne salada en su puesto respectivo, y digo con disgusto porque nada más desagradable que la vista de la comida cuando se siente

uno enfermo e inapetente.- Me sentaba a la mesa no obstante, porque comprendía la necesidad que tenía de alimentarme, pero algunos tragos de vino con agua y algún dulce hacían la más de las veces toda mi comida, me volvía enseguida a mi hamaca hasta que el sol caía y entonces cuando empezaban los sirvientes a levantar las cortinas de lona de los costados, cuando la frescura de la tarde empezaba a hacerse sentir sobre cubierta, me levantaba vacilante y atontado para ir a sentarme en la popa, cerca del timón, a recibir esa brisa refrescante que me encantaba y a ver el sol sumirse gradualmente en la confusa oscuridad de los montes. Y por la noche ... ¡Ah! La noche la pasaba sin dormir, moviéndome como un azogado, levantando la tela del toldillo que me sofocaba y llevando mi imaginación de calenturiento a pasear por el pintoresco valle de Medellín.- Me ilusionaba como un niño y el pensamiento sólo me halagaba en medio de ese hastío devorador. Ya me figuraba paseando en mi caballo por la “quebrada arriba” o por las playas, ya comía naranjas bajo los árboles de la Ladera (29), ya bebía agua al pie de la cascada de Santa Elena.

¡Cuántas veces eché de menos a mi familia, mis montañas de Antioquia y mi ciudad natal! ¡Cuántas veces durante esas noches eternas volví a ser niño recordando las dulces horas de la infancia al visitar mi pensamiento cada uno de esos lugares sembrados por mí de halagüeños recuerdos!. ¡Pero ay! Sin haber dormido, despertaba súbito como Saavedra de ese sueño tan grato al ruido de la máquina que empezaba a hacer temblar el buque y de la campana que daba la voz de levantarse como en los colegios, para desembarazar la cubierta de camas, poner la mesa y servir el café negro y el pan del desayuno.

VIERNES 26

No alcanzamos a hacer en un día el viaje hasta Conejo por las paradas que hacíamos para proveernos de leña, pero el 26 a las 7 de la mañana descubríamos ya la bodega y se izaba en la proa la bandera *colombiana* para contestar al saludo del “Orden” que estaba allí fondeado. El “Santamarta” no hacía su viaje más que hasta Conejo, así es que nos encontrábamos afligidos ante la perspectiva de otra demora semejante a la de Nare, con más la incomodidad de dos o tres días de navegación en champán o canoa hasta Honda, donde vimos a lo lejos el vapor “Vencedor” que venía de arriba hacia nosotros como enviado por la Providencia para llevarnos felizmente al término de nuestro viaje.- En la mesa donde almorzábamos se alzó una aclamación general de regocijo; se destaparon nuevas botellas, se chocaron los vasos y el nombre del “Vencedor” sonaba en todas las bocas en medio de la cordialidad y del entusiasmo, como si se tratara de una batalla ganada que decidiera la causa y los destinos de la patria. Se procedió inmediatamente al trasborde de la carga y de los equipajes, y cuatro horas después se rozaban los dos vapores como dándose

el abrazo de despedida; el uno estaba inmóvil como una casa; el otro arrastrando la corriente, volvía a la playa de Honda, de donde había salido el día anterior.

Aunque más pequeño, este buque era infinitamente más aseado y hermoso que el que habíamos dejado.- El salón de cubierta no quedaba en la popa como en otros vapores sino en la mitad, y en una de sus paredes se veía colgado un gran espejo de marco dorado, que a medida que andábamos representaba en su luna los más variados paisajes del Magdalena.- Ya se veía una playa arenosa y desierta, marcada únicamente por la huella del caimán, ya grupos de elevados árboles ligados con bejucos, por los cuales se veían los monos descolgarse con asombrosa agilidad, o ya los cerros de leña cortada arreglados simétricamente para el consumo de los buques y la cabaña pajiza del leñador.- Colocándose uno en frente del espejo creía estar admirando un cuadro bellissimo de paisaje, pero de un paisaje que a cada segundo variaba, presentándose bajo un nuevo y caprichoso aspecto.- Verticalmente debajo del espejo había colocadas tres botellas de barro siempre llenas de agua filtrada y algunos vasos para el uso de los pasajeros; pues bien, no se pasaba un minuto sin que fuera alguno a tomar agua, y no había uno solo que al hacerlo dejara de lanzar un vistazo disimulado al espejo y se arreglaba el pelo, el cuello o el nudo de la corbata. ¡Y decimos después, pensaba yo, que sólo las mujeres se ocupan de su figura y modo de vestirl!

Venían a bordo dos alemanes que saltaban a tierra los primeros en cada parada de las que hacíamos para coger la leña y llevaba cada uno un gran saco en una mano y en la otra una especie de red con la que perseguían a cuanta mariposa, mosca, abejorro o insecto de cualquiera clase se les presentaba.- Una vez cogido iba dentro del saco y una vez dentro del saco se pasaba a una caja de madera, se clavaba con un alfiler, se le ponía un número y se hacía una anotación en la cartera por este estilo:

“Abejorro No. Tantos – tantos pies, tantas alas – cuerno enroscado – familia de los tales ---- \$ 20

Y no creo exagerar en el precio fijado por los cazadores de nueva moda, pues en \$20.000 fuertes vendieron en Alemania la colección de insectos que llevaron de la Nueva Granada en otro de sus viajes. No hay tales yankees, ni tales nada para eso de manejar el mercantilismo. La Alemania es la única que puede dar esos grandes genios, sin un rival indudablemente en los anales del comercio. He aquí hombres que se hacen millonarios cogiendo moscas, y otros he conocido yo que han hecho su fortuna vendiendo fuelles para limpiar pianos, porque era eso dizque lo que se usaba últimamente en Europa.

El español de las hazañas jugaba entretanto sin descansar a ninguna hora y esa última noche de navegación era de verlo con los ojos salidos y bañado en sudor, pasando a su adversario en silencio (tal vez por la primera vez de su vida) los montones de cóndores que le ganaba. Todos los pasajeros le *hacían* rueda y tal alboroto que hubieran ahuyentado el sueño aun de personas menos enfermas que yo. —No me dejaron en tranquilidad a mí que había puesto por desgracia mi catre bien cerca de su mesa de juego sino cuando la

lámpara estaba concluyéndose y cuando el pobre chapetón sacudía su bolsa limpia como una patena: más de \$2.000 había perdido.-

SÁBADO 27

“Aquí se voló el “Manzanares”, nos dijo el Sr. Vengoechea, señalando hacia la orilla izquierda, cuando llegamos cerca del chorro del *mesuno*: “Estaba haciendo vapor para subir el chorro”, continuó, “cuando tuvo lugar la explosión, allá arriba, en los árboles más altos de esa montaña se encontraron cadáveres y miembros mutilados de pasajeros. Yo estaba en Honda cuando recibo una boleta del capitán, conteniendo estas solas palabras: “Vengoechea – El “Manzanares” se ha volado – las víctimas son muchas – ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!”.

Todos nos levantamos y fuimos a contemplar el teatro de un acontecimiento tan trágico, mientras el “Vencedor” detenido en ese mismo punto llenaba también sus calderas y hacía vapor como el buque volado para subir el torrentoso chorro.

Cuando puesta en movimiento la máquina, empezó a temblar nuestra embarcación luchando con la corriente, sin poder avanzar una línea, se vieron muchas caras pálidas y todos instintivamente fuimos a sentarnos a la popa, lugar el menos peligroso, a causa de su mayor distancia de las calderas.- La ciencia triunfó al fin de la naturaleza y empezamos a subir en medio de olas altísimas que se levantaban a nuestro lado como si estuviéramos en alta mar. De pronto presentó el buque uno de esos costados a la corriente, el timón se hizo inútil y nos vimos arrastrados precipitadamente en dirección a una vuelta del río donde íbamos a estrellarnos sin remedio. El choque fue violento; pero la circunstancia de ser el buque de madera y no de fierro, y el haber dado con ramas de árboles que embotaron la violencia del golpe nos salvó de la avería que creímos inevitable.- El capitán se afanaba, corrían los ingenieros, sonaba la campana y la tripulación llamaba eso una barbaridad y decía que debía dejarse saltar a tierra a los que quisieran; mas a pesar de la alarma y la duda, se emprendió segunda vez la subida y segunda vez nos bajó la corriente aunque no con la misma fuerza y rapidez que antes; por tercera vez lo intentaron y más felices entonces logramos llegar sin novedad alguna al deseado término de tan peligroso paso.

Como a las 11 o 12 del día llegamos a la playa de Honda, donde hicimos desembarcar los equipajes, que se iban colocando provisionalmente debajo de las ceibas que sombrean en partes la ardiente y arenosa orilla del Magdalena. Enseguida saltamos a tierra los pasajeros, después de habernos despedido del Capitán, y hundiéndonos en la arena hasta la rodilla fuimos a sentarnos a la sombra encima de nuestros baúles esperando la llegada de las mulas que habíamos pedido a Honda para el transporte de estos. Llegó a poco

rato el Sr. González, quien me manifestó haber sido informado, poco antes de mi llegada allí, y tenerme ya listas en la bodega de Bogotá mulas para continuar el viaje, pues estando enfermo era más prudente no detenerme en Honda. Yo le manifesté estar pronto para la marcha; no obstante hubo más tarde una circunstancia que impidió mi salida para Bogotá y me hizo permanecer aún 4 días más en la tierra caliente. Me dio el Sr. González su mula, en la cual tomé el camino de la ciudad, andando muy despacio y abrazado por los rayos de un sol tropical. El camino era plano enteramente y en sus orillas se veían de cuando en cuando árboles frondosos que con su frescura calmaban algún tanto el calor.-

A pesar del perezosísimo paso de la mula, me encontré por fin en las calles de Honda a la vista de elevadas e imponentes ruinas de piedras que atestiguan aún la pasada grandeza de esa ciudad, que puede hoy considerarse hoy muerta, si se establece una comparación entre lo que es y lo que parece haber sido. — Atravesé el hermoso y cristalino río de Gualí (30) por un puente provisional de madera levantado en el mismo sitio donde se desplomó uno magnífico de material, cuyas piedras sólidamente unidas se ven en grandes moles atravesadas en el río, de donde las averías no han podido arrastrarlas, pero ni aun siquiera separar sus ladrillos que se conservan tan compactamente ligados como si fuera una pieza cada montón de ruinas de los que lame incesantemente la corriente.

Las aguas del Gualí verdosas y golpeadas por las muchas piedras que obstruyen su cauce, hacen un ruido sordo y agradable que llena de embeleso al viajero que llega allí anonadado por el calor y goza aun con la vista y el oído de esa frescura grata y halagüeña.

Me encontré a poco rato instalado en la casa de los Señores González en una sala fresca y espaciosa, donde hallé buenos catres, hamacas, mecedoras, jarras de barro con agua pura del Gualí, y en fin, en una comodidad completa que me parecía tanto más agradable cuanto mayores habían sido las molestias y fatigas del viaje.

DOMINGO 28

El 20 supe que Ricardo Villa (31) estaba allí en una fonda, demorado en su viaje para el Perú por falta de vapor y que estaba enfermo. Fui a verlo al momento y aunque en cama todavía, lo encontré bastante mejorado; en cambio mi salud se empeoró, porque habiendo tenido la ocurrencia de hacerme pulsar por el médico que asistía a Ricardo, resultó que tenía bastante fiebre y fui aconsejado de no ponerme en marcha hasta no haberme hecho alguna aplicación que me alentara. —De allí me fui para la cama, en donde pasé todo el día, pero afortunadamente por la noche había disminuido la fiebre y a la mañana siguiente había desaparecido ya.

LUNES 29

Me levanté el 29 mejor, aunque bastante débil.- Tres de los compañeros siguieron ese día su viaje para Bogotá; yo les anuncié no poder acompañarlos, por estar resuelto a permanecer en Honda hasta que estuviera un poco más repuesto y los animé para que ellos siguieran. Estuve casi toda la mañana sentado en el balcón, donde se sentía alguna ventilación, pero no obstante, el calor era desesperante.- No podía menos que recordar, como recuerda naturalmente todo el que vaya a Honda, los magníficos versos de Gutiérrez que tan bien esperan el excesivo calor del medio día en esos inhabitables climas:

*“¡Off! ¡qué calor! Los húmedos cabellos
Sobre mis sienes el calor pegó;
Por cada poro de mi cuerpo brota
De sudor un torrente, ¡off, qué calor!”*

*“Anhelo el aire, pero el aire es fuego
Que en vez de refrescar, quema el pulmón;
¡Un poco de aire, por piedad! Me ahogo,
¡Oh! ¡Qué horrible calor, Juana por Dios! (32)*

Cuando en la mitad del día busca uno en vano un puesto en cualquier parte donde pueda gozar un átomo de frescura y cuando se siente el aire como si se estuviera en medio de un incendio; cuando brota a chorros el sudor de nuestra frente y se venta uno inútilmente porque el aire es cálido y pesado, esos versos revelan todo lo que se experimenta durante ese insoportable malestar; son como un lamento exhalado de lo íntimo del pecho, y los repite uno con la misma naturalidad con que se queja el que se siente afligido por un dolor cualquiera.- Y luego cuando piensa uno en cómo puede la gente allí trabajar, escribir, andar y ocuparse en arduas faenas, con una temperatura tan fuerte, cree casi imposible, que suceda así y halla su pensamiento perfectamente traducido por aquel otro de esos fáciles y expresivos versos:

*Miente quien dijo que David hiciera
Un solo salmo entre el calor de Sión,
¡O está Jerusalén en tierra fría*

O no fue allí donde David cantó! (33)

Cuando se ocultaba el sol y la brisa de la tarde mitigaba algo el ardor del clima, abandonaba con gusto mi hamaca o mi mecedora para encaminarme a la orilla del Gualí, donde sentado sobre una piedra pasaba largo rato viendo correr sus aguas transparentes y oyendo el ruido del chorro de Honda, que por el estruendo que hace, al no verlo, lo tomaría uno por una catarata de gran volumen y elevada altura.

Las noches eran claras y la luna brillaba espléndida en medio de un cielo despejado. Desde que anochecía empezaba en las calles un alboroto inexplicable que me sorprendió al principio hasta que fui informado de la causa. Celebraban la nochebuena todavía los calentanos, con una especie de Carnaval que tenía lugar sólo por las noches, pero lo hacían de una manera lo más desapacible y desagradable al oído, que puede imaginarse.- Se mezclaba la rechifla de las muchachas al ruido de los guaches, de tiples, de cajas destempladas, de cajones de lata en los cuales tocaban como tambores, de cascabeles y en fin, de todo lo que hiciera ruido por discordante que fuera, pues hacer ruido a todo trance parece que era el objeto principal. ¡Qué barahunda, Dios mío! ¡Qué concierto aquel! Todavía me parece sentir zumbar en los oídos.-

Excusado es decir que dando mi pieza a la calle era del todo inútil pensar en dormir hasta que cansados los serenateros e insonsados acaso con su propia obra hubieran pensado en retirarse a sus casas, cosa que no efectuaban nunca antes de la una de la mañana.-

MARTES 30

Ese día sintiéndome ya bastante mejor, se me antojó ir a la calle del comercio a comprar algunas cosas que necesitaba. Me sorprendió el completo surtido de los almacenes y la animación del tráfico, que le hacía hacer a uno hallarse en una ciudad más populosa y rica.- Hay en esa calle también una extraordinaria abundancia de boticas, que parece probar la insalubridad del clima. Se ve allí bastante gente y los vendedores de las tiendas vestidos de blanco y colorados en sus puertas están como aguardando la ocasión de atrapar a un infeliz forastero para venderle quiera o no quiera los mayores muérganos de sus estantes.- Una vez cogido en sus garras el transeúnte que tuvo la desgracia de preguntar por alguna bagatela, despliegan todas sus habilidades como comerciantes franceses, le prueban la conveniencia de la compra con ininterrumpible charla y lo hacen comprar lo que necesita o salir bruscamente renegando del locuaz vendedor.

No todo es ruinas en Honda. Esta calle llena de animación y provistas tiendas, le da a la ciudad un aire popular y comercial que se buscaría en vano en otro de los pueblos del Magdalena. Se ven también a veces

al lado de los derruidos y enherbados edificios casas de buena apariencia y construcción sólida que dan de esta población una idea mejor de la que a primera vista se ha formado el viajero.-

MIÉRCOLES 31

Se fijó ese día para mi marcha: la mañana se empleó toda en preparativos de viaje.

Hablé con mi amigo el Señor Urreta (34) llegado ese día por la montaña de Sonsón. Por él supe que el Dr. Uribe (35) con su señora y el Sr. Wills (36) con la suya que habían venido con él, habían pasado a Pesquería sin detenerse en el lugar y que seguirían a la mañana siguiente para Bogotá.- Quedamos en que esa tarde nos veríamos en el otro lado y que seguiríamos juntos el viaje o por lo menos viéndonos en las posadas, para no hacer demasiado numerosa la comitiva en el camino de tierra, donde la incomodidad en los almorzaderos está en proporción del número de las personas que van.

A las 5 de la tarde tomé el camino que conduce al paso de Pesquería en unión del señor Alvarez que debía seguir conmigo el viaje y Ricardo que quería acompañarme hasta que tomara la canoa.

Hacen la travesía casi siempre canoas muy pequeñas llenas regularmente de cargas y pasajeros, de manera que sólo algunas pulgadas sobresalen de la superficie del agua, y para evitar contratiempos es preciso guardar en ellas una inmovilidad de estatua, porque se bambolean de un modo alarmante y parece a cada instante que se van a hundir.- Entramos en una de esas frágiles embarcaciones: subimos algunas varas por la misma orilla y luego abandonando los paseros las palancas de que se servían, tomaron los canaletes, desprendieron la canoa de la playa y empezaron a remar vigorosamente para poder salir al otro lado como media cuadra más arriba del salto, cuyo ruido estrepitoso al golpear el agua contra las grandes piedras le estaba recordando a uno siempre que un descuido insignificante de parte de los bogas, una falta cualquiera en la dirección de la canoa puede arrastrarlo en medio de esos peñones donde se estrellaría indudablemente. Y hay no obstante muchísimas personas que han bajado al chorro en balsa o canoa sin sufrir la menor novedad: contrabandistas ha habido que de noche hayan hecho la bajada por evitar el pago de derechos, cosa más extraordinaria todavía y aseguran que el General López (37) con su familia ha bajado también por allá en balsa en una o dos ocasiones, lo que a mi modo de ver no prueba sino que el mundo está poblado de bárbaros y que todos estamos locos, como dice una loca de mi tierra.

Tuve el gusto de encontrar en Pesquerías al Dr. Uribe y resto de familia. Estaban alojados en una casa grande, donde entiendo que hubo un buen hotel, pero hoy no existe de este mas que la casa y un inglés que hace las veces de hotelero, que no habla sino pocas palabras de español y que nos cansó hablándonos en

su lengua de lo malísimamente que estaba el paso de Pesquerías y hablamos de los reclamos que pensaba hacer al General Mosquera cuando pasara por allí.

JUEVES 1 DE ENERO DE 1863

El primer día del año, pues, a las 6 de la mañana, emprendimos nuestro viaje de Honda para Bogotá.- Desde la noche anterior habíamos sacado de las petacas los zamarros, sombrero enfundado, espuelas y demás útiles de montar que desde Remolino habían quedado completamente retirados del servicio.- Nos aveamos bien de todos estos aparejos, hicimos ensillar las mulas y abur: nada sensible en verdad era el adiós que dábamos por entonces a las vegas calurosas del Magdalena. El Dr. Uribe y resto de familia se quedaron porque pensaban ir más despacio; pero nos anunciaron al Sr. Alvarez y a mí que harían probablemente la misma jornada que nosotros, que pensábamos ir ese día a Guaduas.

El camino es al principio arenoso y algo sombreado; después se encuentra obstruido a largos trechos por lajas de piedra que al hallarse bañadas por la lluvia creo harán esos puntos intransitables.- Se costea el río por algún tiempo; enseguida empieza a alejarse de él el camino y principia la subida que dura 4 o 5 horas, al cabo de las cuales se encuentra uno en una temperatura fresca donde puede dominarse el Magdalena, que se ve amarilloso serpenteando entre azules colinas o verdes sabanas, pero siempre formando hermosos panoramas que recrean y encantan la vista del espectador.

Habíamos almorzado ese día en Rioseco, donde pasamos descansando cerca de dos horas, con temor de volver a montar porque el calor empezaba a sentirse fuertemente.

Después de haber subido al Alto del Sargento (38), donde descansamos un rato, comenzamos a bajar la pendiente que conduce hasta el valle de Guaduas, y a poco rato divisábamos ya en medio de naranjos y otros árboles este hermoso pueblo que con los ríos que lo bañan, las arboledas que lo cubren, las colinas que lo rodean y las blanqueadas casitas diseminadas en sus alrededores forma uno de los paisajes más seductores y trae al momento a la memoria del viajero antioqueño el ameno y delicioso valle de Medellín.

Pero no parecía sino que el pueblo se alejaba de nosotros como por encanto; parecía que se tocaba con la mano y sin embargo se andaba horas enteras sin llegar a él, pues las vueltas del camino eran tantas que sextuplicaban por lo menos la distancia. Y yo débil aún por mi enfermedad reciente, me sentía tan cansado, tan sumamente cansado, que creía de veras no poder llegar al lugarcito aunque lo miraba como a dos o tres cuadras de distancia nada más.

Llegamos al fin y tomamos alojamiento en la mejor fondita del pueblo.- Me sentía con fiebre y me senté en una cama de cuero poniendo dos ruanas por cabecera y sirviéndome de frazada el bayetón, pasé así

alguna hora hasta que el Dr. Uribe que había llegado más tarde fue a visitarme y me ordenó algunos medicamentos que me mejoraron bastante.-

Esa noche daba allí función la compañía mimoplástica de Keller (39), que estaba en vía para la capital donde después ha sido tan celebrada.-

VIERNES 2

El día 2 me levanté como a las 7, a las 8 almorzamos y cuando me levanté de la mesa tenían ya nuestros criados las mulas ensilladas y todo estaba pronto para la partida.

Atravesamos todo el pueblo, sin pasar por la plaza encontré sus calles rectas y hermosas, sus casitas de exterior animado y al parecer guardadas con limpieza. El semblante de las mujeres que asomaban la cabeza al ruido de nuestras bestias daba sí una idea desventajosa de la salubridad del temperamento: jugaban en la calle muchachos cuyos rostros pálidos y extenuados revelaban su mala salud, y no pocos hombres de color amarilloso y aire de convalecientes se veían sentados a las puertas recibiendo los benéficos rayos que un sol benigno y templado les [.....]-.

La cuesta que principia donde termina una de las calles principales no es demasiado pendiente; y durante la subida se goza ordinariamente del agradable ruido de un arroyo que corre por uno de los dos lados del camino y lo atraviesa a veces: así es que no se andan muchas cuerdas sin que el caminante se sienta tentado a desmontarse, descolgar del carriel su labrada vasija de coco para llenarla de esas aguas puras y calmar con ellas la sed que el ejercicio y el calor producen.-

El indio bogotano que transita por ese camino desprecia estos preciosos dones de la Providencia, mira el agua fresca que baja del alto del raizal y que se encuentra mejor a medida que se gana en altura, como insípida bebida de bueyes y no calma su sed sino con sendas totumas de chicha, que en todas las ventas del camino, en todas las casitas, en todos los ranchos encuentra con profusión y a tan módico precio que puede usarla por agua común sin que su bolsillo naturalmente no muy provisto, sufra un detrimento notable en el tránsito de Honda a Bogotá.-

El indio de la Sabana presenta un tipo curioso y digno de observación. Visto uno es como si todos se hubieran visto, porque es igual entre ellos el metal de voz, el acento, el aire, el traje, y hasta la fisonomía misma lleva en todos una semejanza rara. Todas sus facciones, su color bronceado, su estatura mediana y rolliza, y su pelo liso y abundante revelan al momento su descendencia pura y sin mezcla de la raza muizca, aunque su embrutecimiento y torpe inteligencia niegue el parentesco con los antiguos habitantes de la planicie; esos que despreciando el filo cortante de las espadas españolas y el mortífero fuego de sus

arcabuces, defendieron su territorio palmo a palmo y con valor heroico; desprovistos como estaban de armaduras como las de sus enemigos, de armas que pudieran competir con las contrarias y animados sólo en la desigual contienda, en la cual persistieron por largo tiempo, por su amor a la patria, extensamente desarrollado en ellos, por su valor nunca desmentido y por la confianza en su superioridad numérica, que fue lo que ocasionó su pérdida en la mayor parte de los encuentros que tuvieron.

En las alturas de Tausa no podían los Sutas, refugiados sobre el peñón en número de 5.000, figurarse jamás que en tan superior número y en tan inexpugnables posiciones [...] por la reducida y fatigada tropa de Juan de Céspedes (40), y en Simijaca (41) pocos días después, asombrados aún de su reciente derrota, pero no convencidos de la posibilidad de ser otra vez acibillados, se refugiaron en la cima del peñón en número infinitamente mayor que el de los atacantes y provistos de gruesas piedras que además de sus certeras flechas arrojaban sobre los españoles por el único sendero de dos pies de ancho que daba subida a la cumbre del peñasco.- ¿Cuándo pensaron ellos la posibilidad de la ascensión por un paso tan estrecho y tan bien definido? ¿Cuándo pensaron que los pocos soldados que Olaya (42) encabezaba escalarían su inaccesible refugio y que una vez allí consumirían su destrucción? Sucedió así sin embargo y los desgraciados indios más bien que caer en manos de sus enemigos de quienes no esperaban compasión más bien que someterse a una sujeción odiosa se arrojaban desde la alta roca al ver que todo era perdido y que los españoles la ocupaban ya.

Búsqense en el indio de hoy rasgos semejantes de valor, de decisión y de energía y lejos de encontrarlos se vendrá a sacar la forzosa consecuencia de que la raza se halla verdaderamente degenerada por más que en ella aparezca todavía distinto el primitivo tipo de los muizcas.

El traje es en estos indios tan característico y uniforme como sus fisonomías y si esta no revelara su origen serían inmediatamente reconocidos por aquel. Todos usan grande ruana negra, sombrero de anchas alas, calzón de manta y sobre todo alpargatas y chaleco, que consideran los artículos más indispensables de su vestido. Usan el pelo generalmente cortado, dejando sólo dos grandes mechones que a manera de los rizos que usaban las mujeres, caen a los dos lados de la cara llegándoles casi hasta los hombros.-

En el alto del Trigo (43) se siente bastante frío y se nota ya la vegetación de la tierra fría pero se ven también plantas que no crecen sino en los climas templados o cálidos, lo que prueba bien la feracidad de este terreno.

De paso para Villeta (44) llegamos a Cune (45) a la casa del Sr. Wills (46), que desviada como 3 o 4 cuadras del camino se encuentra a mano izquierda, como una legua antes de llegar al pueblo.- En medio de esas soledades, de esos árboles y de esos ranchos pajizos, se ve esa casa de ladrillo encarnado con sus anchos corredores con columnas de piedra, ventanas verdes con celosías y bien labradas puertas como un

palacio cuyo encuentro sorprende al que no esperaba, como es natural, edificios de esta clase en un despoblado como aquel.

Llenado el objeto que nos condujo allí, que era hablar con el Sr. Uribe, quien se nos había adelantado y pensaba no seguir ese día, continuamos andando al través de los árboles y por potreros de abundante pasto, hasta salir al camino y por este a Villeta, donde hallamos con dificultad una regular posada.- Nos dieron la única pieza alta que había en la casa, espacioso salón que había servido para un baile la noche anterior, como bien podría conocerse sin que nos lo hubieran dicho por el polvo del ladrillo que cubría los muebles, estando el suelo como raspado con cuchillo, las flores secas regadas por todas partes y los cabos de vela que no habían quitado de las bombas y alcayatas.-

SÁBADO 3

Al día siguiente me sentí indispuerto y poco después me entró la fiebre que me duró todo el día, impidiéndome no sólo el seguir el viaje, pero hasta el levantarme de lo que algunas horas antes había sido lujoso sofá de baile y era ahora melancólico lecho de un enfermo.- ¡Extrañas vicisitudes de la vida *mueblística*! También como la humana tiene sus contrastes, sus alternativas, sus empleos tristes y alegres. ¡Si los muebles hablaran!

Pero sigamos: la banca forrada en género encarnado que ocupa actualmente mis recuerdos, fue un recurso inapreciable para el que abrazado por la fiebre y abrumado por el cansancio del viaje se veía en la necesidad de estar siempre acostado.- ¡Pero ay! Me faltaba una cosa tan necesaria para mí como la cama, la tranquilidad – y esta era imposible obtenerla porque dos o tres caucanos que estaban allí visitando a no sé quién entablaron a mi cabecera una discusión sobre política, y fue acalorándose hasta que los gritos, la declamación y la acción de sus brazos se hicieron insoportables. Me sentía como solivado de mi puesto por ese ruido sordo y atronante, perdía mis ideas, creo que me subía la fiebre y no sabía qué era de mí. ¡Vaya que hay imprudentes en la tierra! Si hubiera permanecido un día más en Villeta me asesinan.-

En medio de esa barahunda, de ese ruido disonante de voces diversas, cuando se trataba de los acontecimientos políticos ocurridos recientemente en nuestro país, pude oír la relación de algunos hechos referentes al General Mosquera o más bien a su estratagema para apoderarse de la Sabana sin empeñar antes combate que me interesaron vivamente.-

Estaba, según esos señores, el ejército del Gobierno perfectamente bien armado y en posiciones magníficas defendiendo la subida que conduce al alto del Raizal, en donde el grueso de las tropas descansaba sobre las armas siempre a la mira, pero con la seguridad de triunfo, que sus trincheras y mayor

número les daban.- El General Mosquera quería a todo trance evitar un encuentro en sitio tan inaccesible y quiso por un golpe de mano perfectamente combinado ocupar la planicie de Bogotá evitando un combate que no podía menos que serle desfavorable, con los batallones enemigos que le obstruían el paso.- Dio con este objeto un día a las 3 de la tarde la orden de marcha que circuló de cuerpo en cuerpo, llenando de sorpresa a los oficiales subalternos; ¡una marcha a esa hora! ¡Un encuentro con el enemigo al acercarse la noche! Todo era confusión para los jefes secundarios, pero observadores estrictos de la ordenanza dispusieron las tropas de corneta que pusieron en movimiento a todos los cuerpos.-

Los espías enviados del alto del Raizal llevaron prontamente al campo del Gobierno la noticia de que la gente del General Mosquera se preparaba a avanzar y sorprendidos los defensores del paso, hicieron circular órdenes en todas direcciones, reforzaron las avanzadas, prepararon el plan de defensa, todo lo dispusieron para el combate que iba a romperse y aguardaron. Entre tanto se movía de Guaduas en orden de batalla la tropa revolucionaria y llegaron minuto por minuto las noticias a los gobiernistas de que el enemigo avanzaba, que el último cuerpo se había movido ya, que el batallón Amalia iba a la vanguardia, que el estado mayor iba en tal parte, que la artillería marchaba lentamente y todo en fin era relatado con escrupulosidad rigurosa por los espías que el General Mosquera dejaba intencionalmente pasar. Cuando eran las 6½ y la noche empezaba a envolver el campamento se creyó llegada la hora del combate y por instantes se aguardaba el grito de alarma de los centinelas, ¡pero nada se oyó! Se creyó entonces que se trataba de sorprenderlos en la oscuridad y toda la noche se pasó en expectativa, cada hombre en su puesto y sin que se oyera más que uno que otro tiro disparado por casualidad que conmovía todo el campo por un momento para volver a quedar nuevamente tranquilo aunque siempre a la mira y con oído atento.- Entretanto el general Mosquera hizo marchar su ejército mientras las sombras de la noche no ocultaban ninguno de sus movimientos; pero cuando la oscuridad lo envolvía mandó hacer alto cautelosamente en medio de la pendiente y contramarchar en silencio hasta tomar un camino lateral que aunque impracticable casi y lleno de obstáculos, podía conducirlo a Subachoque, conseguido lo cual se adueñaría de la Sabana sin entablar acción con las fuerzas que se oponían.- Estas no considerando posible ni por un momento la salida por ese sendero intransitable, de una fuerza semejante, con tantos obstáculos por vencer, y sobre todo con tanto silencio que nada se supiera en el alto, no habían tomado disposición alguna para defender este pasaje importante. ¡Ciega confianza que perdió al Gobierno en esta ocasión como en tantas otras!

Mosquera y los suyos marcharon en silencio toda la noche sin que el ruido más leve impusiera al enemigo de su estratégico movimiento y al rayar el alba todo el ejército revolucionario tomaba posiciones en Subachoque y se preparaba al Solferino (47) de la Nueva Granada, a la gran batalla que debía tan pronto

encharcar esos hermosos campos con la sangre de mil valientes, sin que ninguno de los bandos contendientes hubiera obtenido por esto ventaja alguna de consideración.-

DOMINGO 4

Afortunadamente para mí amanecí al siguiente día un poco mejor, gracias a los solícitos cuidados del Dr. Uribe y su señora y como la intermitencia estaba ya marcada, pude seguir sin mayor incomodidad porque ese era el día de mejoría que debía aprovechar avanzando lo más que se pudiera.-

Después de tres horas de marcha, alcanzamos al Dr. y compañeros en la altura del Salitre, en una casa de regular apariencia donde nos aguardaban para almorzar, y no me separé ya de ellos en el resto del viaje.- Me agradó ver allí pequeños rebaños de ovejas pastando en las verdosas faldas y me encantó escuchar ese balido triste pero agradable que hacía mucho tiempo no llegaba a mis oídos.- El que sea aficionado al campo, el que tenga gusto en gozar de la sombra de los árboles, en pasear por las sabanas salpicadas de rocío, en saltar de piedra en piedra por las ruidosas quebradas o en sentarse en la falda de una colina o observar el paisaje rural y animado que se extiende a sus pies, no puede ver sin profundo interés los rebaños, los ganados y los animales, en fin, que constituyen la animación y el adorno principal de los campos.- El campo es indudablemente el sitio donde deben buscarse la tranquilidad, el reposo y la dicha; el campo es la imperfecta imagen del paraíso, es la naturaleza, es una de las grandes maravillas de la creación.- “Las ciudades”, ha dicho el gran poeta de la Francia, “son obra de los hombres; el campo es la obra de Dios.”

Pasamos por el Aserradero (48) como a las 4 y una hora después se extendía a nuestra vista la vasta y anchurosa sabana de Bogotá.

Nos detuvimos en el hotel de los Manzanos, hermoso edificio de dos pisos que gozó de inmensa reputación en los primeros años de su establecimiento pero que se encuentra hoy en un estado de abandono y decadencia grandes.- Hay sin embargo piezas cómodas, bastante abrigadas y muy adaptadas al temperamento. —Pero al pasar por sus corredores, azotados esa noche por un fuerte viento que soplaba del Este, creía uno helarse antes de llegar a su cuarto, cuya puerta era preciso cerrar con la misma precipitación que si fuéramos perseguidos por un perro rabioso.

El cielo no tenía una nube y la luna clara y bellísima derramaba su luz por la hermosa sabana, ¡qué noche tan linda!

LUNES 5

Cuando vi a la mañana siguiente entrar en mi cuarto los primeros rayos del sol, me levanté apresuradamente extrañando que no me hubieran llamado antes, pues nada sorprende y disgusta más al viajero que sentirse cogido por el día cuando tenía la idea de madrugar.- Pregunté qué había de viaje y me contestaron que faltaba traer algunas de las bestias alquiladas allí y que debían conducirnos sólo a Facatativá (49), donde se espera encontrar las mejores para cruzar la Sabana o recibirlas de Bogotá, pues se había escrito pidiendo algunas; por lo menos un buen caballo que sirviera para señora.- ¡Tomé con más tranquilidad mi taza de té caliente y aguardé!.-

Cosa de una hora después, montados en nuestros caballos galoperos, envueltos en bufandas y arropados hasta los ojos porque hacía un viento helado y el frío era intenso, tomábamos a regular paso el ancho camellón que conduce a Facatativá.-

Este es uno de los pueblos más importantes de la Sabana, pero participa sin embargo del aire triste y miserable de todos los caseríos inmediatos a la capital. Sus calles son fangosas y sin empedrar; sus casas incómodas, pequeñas y techadas de paja ordinariamente y se trasluce la miseria al través del movimiento y el bullicio que su ventajosa posición hace que se encuentre en este pueblo.- En la plaza se edifican algunas casas de regular apariencia; por lo demás el lugarcito no presenta nada de notable.- Una calle ancha que es la continuación del camino, puede decirse que es lo que constituye el pueblo.- Esta se encuentra obstruida por los caballos ensillados de los orejones (50) que esperan a las puertas y las yuntas de bueyes unidas a los carros, que tienen los indios el talento de atravesar para impedir el tránsito. Las casas de mezquina apariencia, tienen por lo general su tienda adjunta y cada tienda ostenta en su puerta a modo de bandera una hoja de col que en lenguaje conocido dice a todos los paseantes: "Hay ajjaco". Las pinturas de pájaros hechas con bolo (51), de buques en forma de casa con tejado y ventanas, de cazadores más pequeños que los perros y de conejos tan grandes como los caballos, adornan las mal blanqueadas paredes y llenan de satisfacción a los dueños que por nada borrarían esas obras maestras del muchacho de la casa cuya prodigiosa disposición para la pintura los embelesa.

No llegaron las bestias que se aguardaban de Bogotá y como a las 4 de la tarde determinamos seguir en las que allí nos alquilaran y pernoctar donde pudiéramos.

Una nube de polvo nos envolvía, ocultando a nuestra vista los extensos potreros que costean el camino a ambos lados y molestándonos sobremanera. Habríamos andado así como media legua cuando vimos a lo lejos un coche que dos grandes caballos al trote venían arrastrando y que se aproximaba hacia nosotros.- Se paró cuando nos encontramos y salió de él el Sr. B. Gutiérrez (52) que noticioso de la llegada del Dr. Uribe venía a encontrarlo ahorrándole el trabajo de alquilar caballos.- Ese Señor me ofreció un asiento

en su carruaje (53), que me hicieron aceptar, insistiendo sobre la necesidad de ir un poco más descansado y cómodo con motivo de mi mala salud.

Se subieron los vidrios y el polvo no nos incomodó en lo sucesivo aunque los caballos iban a buen trote y bien pronto sentimos las ruedas crujir sobre el patio de una casa.- Habíamos llegado a la hacienda del Sr. Gutiérrez denominada el “Colegio”, y aun cuando no hubieran mediado las instancias del dueño de la casa, el pasar de allí habría sido imposible porque principiaba la noche y la luna saliendo lentamente detrás del Monserrate comenzaba a iluminar los campos.- Desde los balcones de la casa cubiertos con vidrieras que hacía temblar el viento extendía mi vista por esa vasta llanura en donde la mirada podía perderse en lontananza sin encontrar obstáculo, como se pierde la mirada del navegante en el ilimitado horizonte del Príamo (54).

MARTES 6

En la mañana del 6 visitamos el jardín y la huerta, el ordeñadero en el cual había más de 50 vacas de leche, la quesera, el depósito de papas y en fin, todo lo que podía darnos una idea de las ricas producciones de la hacienda, haciéndonos conocer la prodigiosa fertilidad de la Sabana, cuyos terrenos desprovistos de vegetación y al parecer estériles, contienen para el que sepa trabajarlos, para el que conocedor de la agricultura pueda aplicar a ella las más recientes invenciones en cuanto a economía y celeridad, un tesoro incalculable, una riqueza inmensa.- Aun en el estado de imperfección en que la agricultura se encuentra en nuestro país, las producciones de la Sabana son asombrosas; y puede asegurarse que salvo las contingencias de revolución, en esta parte del Estado, el cultivo de la tierra es el más seguro y lucrativo de los negocios.-

Estaba en la hacienda como paseante Jacinto Ruiz (55), ese valiente antioqueño que en la revolución que ha terminado lidió heroicamente a favor del Gobierno hasta que herido gravemente en Hormesaque fue conducido a Bogotá, donde una de las familias más notables logró a fuerza de atenciones y cuidados curar su herida y salvarle la vida. Suerte menos feliz corrió el Sr. Juan Crisóstomo Uribe (56), otro héroe de nuestro Estado, ese caballero cumplido que hacía el honor de Antioquia donde quiera que se presentaba. Herido en Bogotá el 18 de julio menos gravemente que Ruiz, murió pocos días después, por causa según aseguran todos en la ciudad, del poco esmero que el médico que lo atendía tuvo con él. Dicen que la bala estaba muy superficial y no se la extrajo y que no quiso hacerse incisión alguna para dar lugar a la supuración de la herida. Sensible debe ser para todo antioqueño el pensar que se omitieron medios (siempre lo que se cuenta sea cierto) para salvar una existencia tan preciosa y útil a la patria.

El Sr. Ruiz cojeaba un poco por consecuencia de sus heridas; pero nos acompañaba en nuestro paseo por los departamentos de la casa y conversaba afanosamente de todo excepto de sus campañas, diferenciándose en esto de la mayor parte de los militares improvisados que una vez que se ponen la blusa de bayeta no pierden ocasión de referir sus proezas y hablar de sus hechos de armas.- Me pareció un hombre modesto y, en fin, un sujeto excelente.-

También vi en la casa del Sr. Gutiérrez al Dr. Perilla (57), joven sacerdote que fue Secretario del Sr. Riaño (58) y que goza hoy de aceptación y popularidad entre las señoras por haberse resistido a prestar su obediencia a los decretos sobre “tuición y manos muertas” (59). -De casa en casa y de hacienda en hacienda, ha vagado el Dr. Perilla desde el día en que se exigió del clero el sometimiento a los decretos expedidos por el General Mosquera. Siempre perseguido y siempre fugitivo y errante, ha logrado hasta ahora evadirse de prestar un juramento que creía deber negar; y en toda esa época calamitosa, lejos de faltarle le sobraban asilos seguros donde poder estar libre de persecuciones y molestias. Familias de las principales de la ciudad se disputaban la satisfacción de tenerlo por huésped.- En Bogotá puede decirse que raya en delirio el entusiasmo en materias políticas y esto lo habían vuelto ya una cuestión de partido.- Las señoras cuyas simpatías son en lo general hacia el partido conservador, tienen entusiasmo por los clérigos ocultos o que no han dado su firma, al paso que miran con desprecio a los que lo han hecho y que denominan *firmones*. Tuve más tarde noticia de que estando la iglesia de San Carlos llena de gente que esperaba la misa, salió a decirle uno de estos clérigos y desde que apareció en la puerta de la sacristía se levantó un murmullo nacido en las gradas del altar y que iba extendiéndose por todas las naves; luego se levantaron casi a un tiempo todas las señoras y empezaron a salir en masa, en medio de un rumor sordo que llenaba la iglesia y en el cual no se oían más que las voces mil veces repetidas de *firmón, firmón, firmón*.

A las 12 estaban otra vez los dos caballos colorados enganchados al coche, la puerta de este abierta y nosotros despidiéndonos de la familia para hacer nuestra última jornada que no debía ser ya sino de pocas horas. -“Un esfuerzo más y triunfaremos”, tenía por título una de las hojas sueltas que vieron la luz pública en Antioquia durante la revolución pasada, y “un esfuerzo más y llegaremos” me decía yo, modificando la frase y pensando en lo grato que me sería encontrarme por fin tranquilo y alentado en el deseado término de mi viaje.- Al través de las nubes de polvo que las ruedas levantaban veíamos las hermosas haciendas de [...] separadas del camino por las chambas que sirven de cerca.- Esta, nos decía el Sr. Gutiérrez, vale más de \$20.000, esta otra no la han querido dar por \$30.000, la otra pertenecía a las monjas de Santa Inés y ha sido estimada en \$40.000.- Nosotros no veíamos más que grandes llanos, en los cuales se descubría algunas veces una gran casa de teja enteramente aislada y sin un solo árbol que sombreara sus paredes.- Nadie cree a la vista en el inmenso valor de esos terrenos.

El camino presentaba desigualdades, que nos hacían temer muchas veces el sufrir una volcada, pues nos sentíamos mover como si anduviéramos en un bote pequeño por las costas de un agitado mar.-

Pasamos sin detenernos por Fontibón y [...]: atravesamos las aguas dormidas y cenagosas del Funza por Puente Aranda y vimos con gusto que ya pronto íbamos a dejar los campos tristes, monótonos y sin árboles para entrar en la populosa ciudad de Quezada (60), la antigua Santafé, la que hoy llaman culta Bogotá.

Veíamos casi encima de nosotros los elevados cerros de Monserrate y Guadalupe y a sus pies se extendía una larga línea de torres y tejados, de la cual sólo nos separaban algunas cuerdas, entramos en la ancha alameda de sauces que va a desembocar en la plaza de San Víctorino, poblado de aguadores, carros, indios y orejones; atravesamos la plaza, volvimos a la izquierda y una cuadra más allá sentimos parar el coche en la plazuela de la Capuchina: habíamos llegado.-

NOTAS

1. Santa Elena. Corregimiento de Medellín, situado sobre las montañas al oriente de la cabecera municipal. Por allí pasaba el camino que iba a Rionegro y otras poblaciones del oriente antioqueño. / Nombre de la quebrada que desde allí baja hasta el Valle de Aburrá y desemboca en el río Medellín. En su descenso forma una cascada muy visitada en diferentes épocas.

2. Rembrandt, Harmenszoon van Rijn (1606 – 1669). Pintor y grabador holandés. Uno de los grandes artistas de todos los tiempos. Se destaca por la maestría de los efectos de luz y los dramáticos claroscuros, así como la intensidad y realismo de las figuras.

3. Puede referirse al escritor español Mariano José de Larra (1809-1837), periodista y autor de crónicas de costumbres, dramas y comedias.

4. Planta melastomácea americana. Notable por sus hermosas flores de color fucsia y morado oscuro.

5. Arbol de la familia de las ochnáceas, de flores amarillas, agrupadas en vistosos racimos que cumplen por completo el árbol. Madera dura y pesada, que sirve para la construcción y como combustible.

6. Gregorio Gutiérrez González. (La Ceja, 1826, Medellín, 1872). Poeta y político antioqueño, célebre por su obra “Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia”.

7. Jaime Balmes (1810 – 1848). Religioso y filósofo español. Su manual de lógica aplicada “El criterio” gozaba de amplia difusión.

8. Alto de la cordillera central, en el municipio de El Peñol, al noreste de la cabecera. Tiene una altura aprox. de 2.000 mts. sobre el nivel del mar.

9. Río que baña los municipios de San Carlos, Granada, San Luis y Cocorná.

10. Asamblea liberal constituyente reunida en Rionegro del 4 de febrero de 1863, hasta el 8 de mayo, bajo el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, y con el fin de reorganizar la administración, ya que las mayorías liberales no estaban de acuerdo con los procedimientos de facto del gobernante. Se aprobó el texto de la nueva Constitución que adoptó el régimen federal y organizó la nación bajo el nombre de Estados Unidos de Colombia.

11. Juan Francisco Ortiz (Tunja ¿?, 1808 – Buga, 1875). Escritor costumbrista, periodista y poeta. Autor de “Reminiscencias de Juan Francisco Ortiz 1808 – 1861”, y “Reseña histórica del teatro de Bogotá”).

12. Manuel María Mosquera. (Popayán, 1800 – 1882). Político y diplomático. Durante más de 25 años representó el Gobierno de la república en distintos países europeos. A su regreso fue rector de la Universidad del Cauca. Era hermano de Tomás Cipriano y Joaquín y gemelo del Arzobispo Manuel José Mosquera.

13. Alto de la cordillera central al norte de Santo Domingo.

14. El que tenía por oficio llevar cargas y transportar personas a sus espaldas.

15. Río que baña El Retiro, Rionegro, Marinilla, El Peñol, San Vicente, Guatapé, Concepción, Alejandría, Santo Domingo, San Roque, San Rafael, San Carlos, Caracolí, Puerto Berrío y la Magdalena (Puerto Nare). Recibe los nombres de Pantanillo y Rionegro desde su nacimiento hasta la desembocadura de la quebrada Peñolcito. Sus principales afluentes son los ríos Pereira, Concepción, Samaná Norte, Nus y San Lorenzo. Desemboca en el río Magdalena.

16. Caserío al sureste de Cocorná.

17. El champán era una embarcación grande, de fondo plano, utilizada en la navegación fluvial.

18. . Remeros.

19. Despeados: De despearse. Con los pies maltratados.

20. Río que pasa por Cisneros, Yolombó, San Roque, Maceo, Caracolí, Puerto Berrío y Puerto Nare. Desemboca en el río Nare y sus principales afluentes son el río El Socorro y las quebradas Palmichala, Quebradona y Bramadora.

21. Ricardo Silva (Bogotá, 1836 – 1887). Escritor costumbrista, comerciante. Padre del poeta José Asunción Silva.

22. El 14 de enero de 1862 en la población de Santo Domingo, noreste de Antioquia, el ejército del gobierno antioqueño, al mando del general Braulio Henao, venció a las tropas enviadas por el gobernador de Bolívar, Juan José Nieto, bajo la dirección del general Antonio González Carazo. Así culminó la segunda invasión de la Costa. Es de anotar que la primera también fue promovida por Nieto con el apoyo de Mosquera, cuyas intenciones eran aislar y reducir el Estado de Antioquia. Las fuerzas costeñas, comandadas por el general Ramón Santo Domingo Vila, fueron derrotadas por las gobiernistas con Pedro Justo Berrío al frente, en la batalla de Carolina, el 16 de junio de 1861.

23. Se refiere al sitio de Moscú por Napoleón Bonaparte durante la campaña de Rusia en 1812, en la cual salió derrotado por las inclemencias del invierno. Los rusos incendiaron la ciudad para evitar su toma.

24. José de Jesús Alviar. (Mompox 1820 – Medellín 1907). Se educó en la Universidad Central de Bogotá. Abogado y político conservador. Ocupó importantes cargos en el gobierno nacional y del Estado de Antioquia, en donde residió gran parte de su vida. Durante muchos años vivió en Nare como agente de comercio; luego se estableció en Santo Domingo (Antioquia). Allí se casó con doña Julia Ramírez. Fue un hombre de costumbres patriarcales, muy piadoso y de una vasta ilustración.

25. Marcelino Posada: comerciante muy honorable y ciudadano intachable, que vivió en Medellín y se trasladó a Bogotá con su familia, en donde ocupó una destacada posición. Fue su esposa doña Elena Muñoz. Su hijo fue el conocido historiador Eduardo Posada Muñoz.

26. Tramo del río Magdalena famoso por sus dificultades para la navegación.

27. Tomás Cipriano de Mosquera. (Popayán, 1798 – Coconuco, 1878). Héroe de la Guerra de Independencia. Militar, político, geógrafo, historiador y diplomático. Ocupó varias veces la presidencia de la República.

28. Francisco Pizarro. (1478 ¿? – 1541). Conquistador español. Nació en la ciudad de Trujillo, Cáceres (España) y murió asesinado en Lima. Conquistó el Perú.

29. . Se refiere a la finca de recreo que tuvo su padre, Don Vicente B. Villa, situada en las faldas de las montañas que rodean a Medellín por el Oriente. Luego fue cuartel del Batallón Girardot. En sus predios se construyó hacia 1930 la Cárcel de La Ladera.

30. Baña los municipios de Casabianca, Herveo, Fresno, Mariquita y Honda, departamento del Tolima. Nace en el nevado del Ruiz y desemboca al Magdalena.

31. Ricardo Villa Pardo. Político conservador y escritor antioqueño. Jefe del Cantón de Antioquia en 1851. Fue seguidor del general Eusebio Borrero, por lo que fue desterrado al Perú (1851). Regresó

al país y fue representante a la legislatura del Estado de Antioquia. En 1862 fue desterrado de nuevo, retornó al Perú y se radicó en el Cuzco, donde contrajo matrimonio y dejó descendencia. Era primo hermano de Eduardo Villa.

32. Gregorio Gutiérrez González escribió estos versos en Honda el 8 de julio de 1857, “En un álbum”.

33. Hace parte de los versos anteriores.

34. Ramón Urreta Saldarriaga (Medellín). Hijo del coronel Gregorio Ma. Urreta. Prócer de la Independencia y gobernador de Antioquia, y de Doña Rosalía Saldarriaga. Su hermana Magdalena estaba casada con el Dr. Manuel Uribe Angel.

35. Manuel Uribe Angel. (Envigado, 1822 – Medellín, 1904). Médico, académico, cuentista y escritor científico. Obras: *La Medicina en Antioquia, Geografía Física, Colón, Compendio de Geografía del Departamento de Antioquia, Geografía y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia.*

36. Ricardo Wills Pontón. (Bogotá ¿? - París, 1871). Estudió metalurgia y vino a Medellín para trabajar en la Casa de Fundición y Ensayes con don Vicente Restrepo y luego en el establecimiento de fotografía conocido como Wills y Restrepo. Contrajo matrimonio con Pastora Jaramillo. Cuando viajó a Bogotá a Bogotá con el Dr. Manuel Uribe Angel, lo hizo con su esposa y su hija Teresita, que tenía entonces 6 años, y luego fue la señora de Julio Restrepo G.

37. José Hilario López. (Popayán 1798 – Neiva, 1869). Militar y político liberal, héroe de la Independencia. Ocupó la Presidencia de la República de 1849 a 1853. Durante su gobierno se realizaron importantes reformas políticas y sociales, entre ellas la abolición de la esclavitud. Asistió a la Convención de Rionegro como representante del Tolima.

38. Cima del ramal de la cordillera oriental en el municipio de Guaduas, Cundinamarca, al noroeste de la cabecera municipal. Tiene una altura aproximada de 1.000 mts. sobre el nivel del mar.

39. El señor Keller era un ciudadano polaco, que con su compañía divirtió a Bogotá en 1863. El grupo lo formaban actores de diversas nacionalidades. Las escenas, representadas en sombras chinescas o mimos detrás de una sábana, iluminadas por la combustión del magnesio, causaron verdadera admiración, por la completa semejanza con los originales. Las funciones se amenizaban con bailes y pantomima, que dejaban en los concurrentes gratas impresiones, según cuenta José María Cordovez Moure en sus “Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá”.

40. Juan de Céspedes. (Siglo XVI). Conquistador, natural de Argamasilla, España. Participó con Rodrigo de Bastidas en la fundación de Santa Marta. Se alistó en la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada a la sabana de Bogotá, como uno de los ocho capitanes de la tropa. Sus servicios y campañas fueron muy importantes y recibió las encomiendas de Ubaqué, Chipaque y Guateque.

41. Población de Cundinamarca. Existía antes de la llegada de los españoles. La palabra es de origen indígena y significa “cielo azul”.

42. Antón de Olaya. (Bujalance, España, 1510 – Santa Fé de Bogotá, 1581). Conquistador, fue uno de los 170 sobrevivientes de la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada que llegó a la Sabana de Bogotá. Introdujo ganado vacuno, yeguas y ovejas de buena raza.

43. Elevación de la cordillera oriental entre Villeta, al oeste, y Guaduas, al sureste. Altura aproximada de 1.500 mts. sobre el nivel del mar.

44. Municipio fundado en 1551. Fue paso obligado como sitio de hospedaje y descanso de los viajeros que tenían que escalar la cordillera para viajar a la sabana de Bogotá.

45. Caserío en el municipio de Villeta, al noroeste de la cabecera. Allí tenía una finca William o Guillermo Wills, llamada “La esmeralda”, muy visitada por los personajes de la época. Fue el primer ingenio industrial que hubo. Los planos de la casa fueron hechos en Inglaterra.

46. William o Guillermo Wills. (Londres, 1805 – Serrezuela, 1875). Llegó a Colombia en 1826, empleado por una compañía minera inglesa. Hombre bien educado, de amplia cultura. Escribió sobre muchos temas. Conocía de asuntos mineros y de geología. Se dedicó también al comercio y a la

agricultura. Contrajo matrimonio con Juana Pontón Piedrahita, cuñada del general Santander. Tuvo 13 hijos, entre ellos a Ricardo, el fotógrafo ya mencionado.

47. Población italiana cercana a Mantua, donde las tropas francesas de Napoleón III vencieron a los austriacos en 1859.

48. Peñas de la cordillera oriental en los municipios de Sasaima, La Vegas y Facatativá. Tienen una altura aproximada. de 2.700 mts, sobre el nivel del mar.

49. Población cercana a Bogotá.

50. Se llamaba así a los que habían nacido, lo mismo que sus antepasados, en la sabana de Bogotá.

51. Llamado también bol arménico o de Armenia, arcilla rojiza usada en medicina, y en pintura en el arte de dorar.

52. Bartolomé Gutiérrez de Lara y Tirado. (Medellín 18... ? – Bogotá, 1884). Se estableció en Bogotá, donde se casó en 1844 con Doña Dolores Gutiérrez Domenech. Se dedicó a los negocios del campo y del comercio, y contribuyó al adelanto de la agricultura en Cundinamarca.

53. Don Manuel Uribe Angel lo llama “berlina”. Coche cerrado con dos asientos. En esta época eran muy raros en el país.

54. Ultimo rey de Troya, hijo de Laomedonte, y padre de Héctor, París y Casandra. Degollado por Pirro después de la toma de la ciudad.

55. Jacinto Ruiz. Militar y político conservador, participó en las campañas de 1860 y 1861 en apoyo al gobierno de Ospina. Representante a la legislatura del Estado de Antioquia en 1867. Tuvo a su cargo la custodia del general Mosquera en 1867, cuando estuvo prisionero en el Observatorio de Bogotá. Pertenece a una familia muy conocida en el valle de Medellín.

56. Juan Crisóstomo Uribe. (Rionegro, 1811 – Bogotá, 1862). Médico y político conservador.
57. Perilla, José Benigno. (Somondoco, Boyacá, 1831 - Tunja, 1903). Estudió en el seminario de Bogotá y se ordenó en 1853. El obispo Domingo Antonio Riaño lo llevó como secretario al Obispado de Antioquia. Luego fue párroco de la catedral de Bogotá e hizo parte del Capítulo Metropolitano. En el Consistorio de 1887 fue nombrado Obispo de Tunja.
58. Domingo Antonio Riaño. (Sotaquirá, Boyacá, 1788 - Quito, 1866). Obispo de Antioquia, entre 1855 y 1866. Fue desterrado por Mosquera al no querer someterse a las leyes anticlericales.
59. Decreto de tuición y manos muertas. Promulgado por Tomás Cipriano de Mosquera el 20 de julio de 1861. Conforme a este decreto ningún sacerdote podía ejercer sus funciones sin permiso del Gobierno General o de los estados, so pena de expulsión del territorio nacional. Igualmente, todos los bienes eclesiásticos pasaron a ser propiedad de la Nación, como una medida de carácter fiscal para fortalecer la menguada economía del país.
60. Gonzalo Jiménez de Quezada. Conquistador y hombre de leyes español (Granada, 1509? – Mariquita, 1579). Capitán de la expedición que llegó a la Sabana de Bogotá en 1538, derrotando a los chibchas, y fundando allí la ciudad de Santa Fé de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada. Escribió: “Relación de la Conquista” y otras obras.

Eduardo Villa Vélez

“Viaje de Medellín a Bogotá”

Libreta original perteneciente a

Doña Margarita Villa de Gómez,
heredera del autor.

Transcripción: Constanza Toro Botero,
auspiciada por el Museo de Antioquia

Investigación y anotaciones:
Gustavo Vives Mejía

Revisión y diseño:
José Gabriel Baena
Asistente de diseño:
Leonardo Sánchez Perea

(Se modificó la ortografía de la época,
para facilitar su comprensión
a los lectores del siglo XXI).

Breve biografía de Eduardo Villa Vélez (*)

Este gallardo escritor nació en Medellín, de una familia culta y encumbrada, el 3 de diciembre de 1839. Sus padres, Don Vicente Benedicto Villa y doña Felicia Vélez, se esmeraron en el plan de su educación. Por 1851 fue enviado a Bogotá al Colegio denominado de La Independencia que dirigía el señor Gutiérrez de Celis, y posteriormente se le trasladó a los Estados Unidos, donde su tutor, el señor general Herrán, lo colocó en un colegio rural. En los albores de la edad madura se le vio en Medellín consagrado a negocios mercantiles, y por los años de 1870 empezó a revelarse en él la vocación literaria en un campo poco cultivado entonces, el del estilo descriptivo, en el cual se ejerció su culta pluma con gallardía y amenidad, no menos que la benevolencia y nobleza de sentimientos que tanto le caracterizaban.

En Bogotá funcionó don Eduardo como Tenedor de Libros del Ministerio de Relaciones Exteriores y en su salón hallaban siempre elegante acogida literatos, ministros extranjeros, etc. Su figura era agradable y agraciada, su trato culto, ameno y atrayente y su pluma se ejercitó también en verso.

El escritor ecuatoriano don Juan Montalvo, dizque dijo que el señor Villa era uno de los mejores escritores de Colombia.

Don Eduardo murió en Bogotá en 1903. (***)